

la voz propia del sur del cesar

2011 - 2021





***la voz propia
del sur del cesar***
2011 - 2021

Hacienda la Gloria
León Darío Uribe Mesa
Gerente General

Ana María Yáñez
Gerente de Desarrollo Corporativo

José Luis Medina
Coordinador Local

Amalia Satizábal
Ilustraciones

Ana María Caycedo
Editora y correctora

Fundación Grupo Liebre Lunar
y Ana María Caycedo
Coordinación Editorial

Juan Pablo Fajardo
Leonardo Fernández
Diseño

ISBN 978-958-52551-1-1

AGRADECIMIENTOS ESPECIALES

Al comité editorial, a los estudiantes, profesores, poetas, escritores, cantautores y a las comunidades en general de los municipios de La Gloria, Pelaya, Regidor, Río Viejo, Tamalameque, San Martín de la Loba; los corregimientos de Simaña, Costilla, San Bernardo, La Mata, Molina, Ayacucho, San Cayetano, y las veredas de Caño Alonso y La Estación. Región del Sur del Cesar y Bolívar. Gracias a todos los habitantes de este hermoso territorio por participar y hacer posible la publicación continuada de la Revista La Voz Propia de 2011 a 2021, un medio de expresión y de construcción de comunidad.

Sept de 2021

Las Jornadas Literarias La Voz Propia del Sur del Cesar que conmemoran una década de trabajo cultural, se realizaron gracias al Programa Nacional de Concertación del Ministerio de Cultura



***la voz propia
del sur del cesar***
2011 - 2021

Jornadas Literarias

La Gloria, Pelaya, corregimientos
y veredas aledañas

Julio a septiembre 2021



diez años de cuentos y algo más...

Han pasado diez años
Que nuestra voz se hizo propia.
Hemos subido diez peldaños
Contando y cantando nuestras historias.
¡Todos estamos muy orgullosos y contentos
De la Hacienda La Gloria y Liebre Lunar,
También con cada sueño inventamos un cuento
Y en La Voz Propia hay muchos para contar!
Es una historia muy colorida,
El nacimiento de La Voz Propia.
En la Mata, Cesar, fue el punto de partida,
Con Antonio García, comienza la historia.
Entre viajes y encuentros pasamos inolvidables momentos.
Fue ahí que se dio a conocer tan importante obra cultural:
Todo era mágico entre anécdotas y cuentos
De quienes nos formaron para hacer esto real.
José Medina llegó de sorpresa,
Y una invitación llevó a mi colegio.
Llena de orgullo y con mucha firmeza,
Asistir a estas charlas fue todo un privilegio.
Después conocí a mi querida Anita, también a María Sol,
Que son unas damas dignas de admirar
Por su valiosa e importante labor.
Estoy convencida que Dios los ha de premiar.



Con Pilar Lozano, Giuliana Anzellini,
Daniel Rocha y Laura Margarita Medina,
hablábamos hasta de la importancia de un bikini,
y en cada tema tratado, se subía la adrenalina.

La cultura es un mundo de hermosos colores,
Desde el más alegre hasta el color gris,
Como esas dignas personas que fueron nuestros formadores,
¡Como mi amiga, Clarisa Ruiz!
Por otro lado, es importante mencionar
Otra aliada como la Extractora La Gloria.
Apoya a nuestra cultura sin miedo a patrocinar
Esos escritos llenos de talento y euforia.
Ya son diez valiosos años sin temor al olvido,
Gracias a mi gente bella que nos exhorta y anima,
Con esa hermosa revista, a tener muchos amigos,
Y con gente como ustedes con ganas se camina.
Soy la profe Aura Venecia
Y les mando un saludo especial.
Pongo a Dios en su presencia,
Desde Costilla, Cesar.

Aura Piedad Venecia Charry



índice

- 11** Presentación General
- 13** Una década sí es tanto
Ana María Yáñez A.
- 15** la Red de Bibliotecas del Cesar
Yasmín Rocío García Meneses
- 17** Resplandores en proximidad, lectores y escritores
literarios del Sur del Cesar
Fundación Grupo Liebre Lunar
- 19** Sobre historia y ficción
Antonio García Ángel
- 22** Ganadores Concurso
“Lo mejor de la voz del sur del Cesar 2011-2021”
- 44** Textos seleccionados
- 108** Los ganadores se presentan
- 109** Acta del Jurado



presentación general

En el año 2020, los talleres y la revista LA VOZ PROPIA del Sur del Cesar alcanzó 10 años de continuidad gracias al apoyo entusiasta de los escritores, profesoras y profesores y estudiantes, que han participado en su redacción, y gracias al patrocinio de La Hacienda La Gloria.

Los talleres de La Voz Propia buscan fomentar la apropiación de la cultura escrita a través de la práctica, conocimiento y disfrute de la literatura. La convocatoria para recibir textos para la revista *LA VOZ PROPIA* y su distribución, han contado con una difusión por medios comunitarios y gestores locales. Para esta versión de aniversario, se celebrarán entre julio y septiembre de 2021, 3 talleres virtuales, 4 talleres presenciales, el lanzamiento del número en edición especial con “Lo mejor de los 10 años de la Voz Propia” y la Fiesta de la Palabra, el sábado 18 de septiembre, con un programa de conferencias, un recital y la premiación de la selección de los mejores textos. Los jurados del concurso fueron María del Mar Escobedo y Javier Gil Marín.

Este proyecto se ha realizado en concertación con el Ministerio de Cultura y ha contado con el apoyo de la Biblioteca Departamental del Cesar Rafael Carillo Lúquez, las alcaldías de Pelaya y La Gloria, la Biblioteca Municipal de Pelaya, la Biblioteca Municipal de La Gloria, la Institución Educativa José María Torti de Pelaya, el Centro Nacional de Programas Técnicos de Pelaya - CENPROT, la Institución Educativa San Juan Bautista de Simaña, la Institución Educativa Ernestina Castro de Aguilar de Costilla, el Instituto Pedagógico Cristiano Semillas de Esperanza INSPECSEM- de Pelaya, el Centro Cultural Rosario Briceño de Regidor y los Hogares infantiles de los corregimientos de Simaña y San Bernardo.

Programa de Talleres Literarios 2021

Taller virtual *¿Cómo contar un cuento?*, con María del Mar Escobedo.

Taller virtual de poesía *La textura de las Palabras*, con Juan Afanador.

Taller virtual de poesía *Desde Terredades*, con William Jiménez.

Taller presencial de escritura creativa *Contar el Lugar* con Antonio García

Taller presencial de pedagogía para la primera infancia *Encuentro Con Las Expresiones Artísticas Para Sentir, Tocar, Oler y Transformar*, con Lucía Liévano.

Taller presencial de Edición Comunitaria con Daniela Zuluaga.

Taller presencial de escritura e ilustración *Formatos de Libro* con Amalia Satizábal.





una década sí es tanto

Hace poco más de 10 años veíamos nacer una idea que tomaría forma de la mano de 25 profesores en la Casa de la Cultura de La Gloria. Una semana al mes, nos encontrábamos para adentrarnos en un universo de creatividad literaria, guiados por los mejores maestros de Liebre Lunar y por Antonio García Ángel.

Estos 25 pioneros aceptaron con valentía y entusiasmo la labor de difundir en sus municipios, corregimientos y veredas, el amor por la lectura y la escritura e ir creando esta comunidad alrededor de la literatura. Poco a poco se fueron sumando a esta iniciativa alumnos, líderes sociales, trabajadores, amas de casa y ancianos. En estos 10 años, hemos publicado 495 textos que reflejan las costumbres, idearios, miedos y esperanzas de esta región en la cual tenemos el orgullo de trabajar.

Desde el área de desarrollo social y comunidades, lo difícil no es tener una idea o poner en marcha una iniciativa. Lo realmente difícil es lograr mantener el interés, dedicación y pasión por esa idea, intactos a través de los años. Ser testigos del efecto multiplicador que tiene la cultura en las poblaciones y ver que año a año aumenta el número de escritos y colaboradores para las publicaciones de La Voz Propia, nos anima a seguir adelante.

Ha sido un placer conocerlos un poco más a través de sus plumas, y poder llevar sus historias a otros rincones del país. Es una fortuna trabajar en una región de una riqueza cultural inagotable y con unas personas siempre dispuestas a compartirla.

Ana María Yáñez A.
Gerente de Desarrollo Corporativo
Grupo Agroindustrial Hacienda La Gloria





la red de bibliotecas del cesar

La Corporación Biblioteca Rafael Carrillo Lúquez, lleva el nombre del filósofo, maestro y abogado colombiano nacido en Atánquez, corregimiento de Valledupar, y quien fuera fundador del Instituto de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Colombia, donde ejerció la docencia hasta 1996. Estudió filosofía en Alemania y en Colombia, y sus aportes a la filosofía pura y a la Filosofía del Derecho han sido reconocidos en Colombia y otros países de América Latina. Con este reconocimiento se espera alentar la sed de conocimiento y el espíritu de investigación entre las juventudes cesarences de todos los rincones del departamento. Sin duda, por la senda del camino del maestro Carrillo Lúquez, contamos con nuevos intelectuales nacidos en el departamento que impactan la cultura nacional desde la literatura y las humanidades. Es desde estas rutas de saber y poesía que reconocemos un programa de fomento a la lectura y la escritura literarias como el de La Voz Propia del Sur del Cesar, cuyos diez años celebramos en este número especial de la revista, que durante todo este tiempo ha venido publicando la producción literaria de niños, niñas, jóvenes, maestros, madres, ciudadanos y ciudadanas de la región. Una colección multigeneracional que se cohesiona a la comunidad, y es una carta de presentación de sus valores, preocupaciones y anhelos.

Estas acciones se enmarcan en el objeto social de la Corporación Biblioteca Rafael Carrillo Lúquez que busca el bienestar y desarrollo educativo, cultural y social del individuo y la colectividad cesareense, administrando las bibliotecas públicas del Departamento. Busca también fomentar la actividad científica e impulsar el desarrollo de los valores y expresiones culturales de toda la manifestación artística de la Región Caribe colombiana. La animación a la lectura y la escritura desde las bibliotecas públicas, los servicios bibliotecarios, la suma de otras jornadas literarias, permiten garantizar el acceso al conocimiento, habilitar espacios acogedores, formar bibliotecarios que comparten su voz a través de lectura en voz alta, la hermosa versión de la biblioteca descrita por Borges. Las bibliotecas del Cesar y el importante patrimonio que representa cada uno de los escritores nuestros, son hoy parte de la memoria colectiva que debemos conocer y divulgar. Por ello, cada vez que circula un libro, poema, cuento, crónica, o novela, es el Cesar el que habla a través de todos esos niños y niñas, mujeres y hombres que sin detenerse, hacen de sus sueños un texto que pronto inicia su recorrido de boca en boca o de libro en libro. A todas esas personas que en condición de lectores y escritores hacen posible la literatura del Cesar, queremos reconocer. La Voz Propia del Sur del Cesar se suma a estos propósitos, y felicitamos a todos sus participantes, y reconocemos a sus patrocinadores y productores.

Yasmín Rocío García Meneses
Directora Ejecutiva de la Corporación Biblioteca Rafael Carrillo Lúquez



resplandores en proximidad, lectores y escritores literarios del sur del cesar

Llegar a este punto nos permite reconocer que en torno a *La Voz Propia* se ha tejido una comunidad que se llena de contento y de ilusión al celebrar su continuidad a través del tiempo. Es también un momento especial para reflexionar sobre lo que hemos hecho. Poder editar el número especial *Lo mejor de la Voz Propia 2011-2021* con una selección de los 495 textos que han aparecido en estos diez años, reconocer a los autores de algunos de los mejores textos, así como poder realizar un encuentro presencial después de casi dos años de aislamiento, es como si Monserrate hubiera venido a refrescarse entre la cabellera de ríos de la región del Sur del Cesar y de Bolívar, y sobre su cúpula sobrevolaran las garzas lectoras, emblema de *La Voz Propia*. Durante 10 años se han tejido diálogos y amistades excepcionales entre pedagogos, madres comunitarias, artistas, gestores, alumnos y familias de dos Colombias, la del Sur del Caribe, profunda, ardiente, irrigada e insospechada, y la de la fría sabana cundinamarquesa, en gran parte pavimentada y aislada en su centralismo. Algunas noches los sueños de unos aquí y de los otros allá, se entrecruzan.

El hilo conductor de esta historia ha sido el amor por la práctica literaria y la convicción de que ésta no es potestad de unos cuantos talentos excepcionales, sino una facultad propia de todo ser humano cuyo ejercicio debe ser garantizado como el de todo derecho humano. Sabemos que el lenguaje se gesta desde el universo prenatal cuando el espacio protector acústico de voces y cantos próximos, se constituye en la más primordial forma de abrigo y afecto. A partir de esta primera comunidad sonora, los humanos buscamos sucesivamente nuevas esferas protectoras, pasando por grupos familiares, partidos, iglesias, naciones. Todas formas de cohesión fundamentadas en el lenguaje. Más allá del carácter práctico del lenguaje, de la respuesta a competencias cuantificables, buscamos recuperar su carácter poético primordial que moviliza los sentimientos, la imaginación y es nuestra llave para abrir nuevos mundos posibles. Gracias al lenguaje literario vivenciamos la diversidad del mundo que nos rodea, así como también, nuestro rico mundo interior.

Nunca podemos dejar de mencionar la proclama de Gabriel García Márquez en la que él pedía integrar a la canasta familiar el arte y la ciencia, entendidas ante todo como prácticas de la gente encarnadas en su diario vivir. Apropiar la lectura y escritura literarias desde lo local y lo cotidiano, no desconoce que la escritura es un trabajo arduo, que implica una lectura continuada, y que los laureles de la literatura no siempre son tan fáciles de ganar, pero si supera con ello jerarquías y autoritarismos que no pueden cohibir el potencial de invención ni apropiarse de lo sensible, patrimonio de todo ser humano. Bien sabido es que nuestra gran

literatura tiene raíces en el Caribe, en el Pacífico, en personalidades surgidas en profundas regiones alejadas de los centros.

Somos entusiastas de los talleres literarios y de la autoedición, estrategias de memoria cultural. Aplaudimos el surgimiento en Pelaya de un polo de la Red Nacional Relata pues con programas como *La Voz Propia* cultivamos, preparamos entre maestros, madres, padres y abuelos el futuro de las nuevas generaciones. Desde estas páginas percibimos la posibilidad de una novela, de una comunidad que prioriza sus referentes culturales. *La Voz Propia* busca apreciar lo que existe en el país, apoyar las potencialidades del territorio y poner en las estanterías de las bibliotecas y en la circulación virtual, lo que no sabemos, algo distinto a las representaciones preestablecidas, sin raíz, sin sudor.

No se trata de mitigar el impacto de la crisis mundial, pero escuchar y leer a las comunidades del país rural nos recuerda que ya hace tiempo estamos en crisis en muchos aspectos: las relaciones ambientales, de género, de justicia y, en general, de la vida en común. Con ellas reconocemos que si bien siempre hay razones para el pesimismo, siempre hay resplandores en proximidad de quienes perseveran buscando que aparezcan -o reaparezcan-, nuevas composiciones del mundo común. Amigos y amigas desconocidos, pero con quienes establecemos vínculos desde problemas compartidos, por ejemplo como ha ocurrido en estos encuentros anuales, en los talleres virtuales, o entre los lectores y los autores de las revistas de *La Voz Propia*. La Liebre Lunar no pretende enseñar o formar, somos “maestros ignorantes”, buscamos más bien compartir y ejercitar los mismos derechos, ser creativos y ampliar la gama de relaciones entre todos.

Los cuentos, poemas, ensayos de este número especial de celebración dan voz a lo escondido e invitan a hacer amistad con otras especies no humanas. Los ríos que hablan y acompañan, el amor por las aves y la exaltación de los paisajes, sirven de sustrato a la memoria de hechos imborrables, a la anécdota reveladora, a la crítica de costumbres políticas o de personajes sencillos pero dicentes de los valores y contextos sociales de la región. La silla rimax, convertida en personaje, da asiento y gran vitalidad a un cuento que bien podría venir de la literatura universal. Mucha tras escena de trabajos y alegrías, ires y venires en la corrección de textos, en el cuidado de la originalidad de estos textos, habría por relatar. Mencionemos simplemente la sensación de misión cumplida, cuando el orgulloso autor hace un pare en su labor y, levantando la mano, se identifica con vehemencia “¡Yo soy el pollito parrandero!”. Invitamos a toda la comunidad del Sur del Cesar y Bolívar a decir con el poema “Una gran semilla sembré”, “Gracias por lo que para mí eres”, “Cuidaré de ti siempre.”

Nuestra gratitud a quienes han apoyado y entregado su confianza a este programa. A nuestro colegas, artistas, maestros, gestores, amigos y amigas del Sur del Cesar y de Bolívar por quienes nos sentimos más cerca de la Colombia diversa y plural, y más democrática, que todos buscamos. A nuestro equipo y a los lectores que nos acompañan, gracias también.

Fundación Grupo Liebre Lunar

sobre historia y ficción

En este artículo el escritor, que ha sido invitado en varias ocasiones a las jornadas literarias de La Voz Propia del Sur del Cesar, reflexiona sobre las maneras en que la historia y lo literario construyen sus textos y las relaciones que mantienen entre ellos. Una reflexión pertinente porque reivindica la posibilidad de que la verdad histórica se pueda decir desde otros textos que los de la historia oficial, y otras voces que las eruditas, y pertinente también, porque muchas de las producciones literarias del Sur del Cesar se sitúan entre la historia y la ficción. Los textos de esta revista trabajan la memoria y la búsqueda de la verdad. Este texto es la base de la conferencia que dará Antonio García en la Fiesta de la Palabra. Recogemos aquí algunos apartes.

1. Sobre El Concepto Novela Histórica

(...)

Cuando la ficción (entendida como procedimiento que busca la verosimilitud) toma a la Historia (entendida como una reunión orgánica del pasado a la que se le atribuye cierta racionalidad) como su nutriente, su atmósfera y su campo de representación, estamos ante una novela histórica.

(...)

El discurso histórico nos dice que el 8 de mayo de 1830, Simón Bolívar renunció a la Presidencia de la República, y que su salud se estaba deteriorando visiblemente; Gabriel García Márquez nos cuenta que su mayordomo lo encontró esa mañana «flotando en las aguas depurativas de la bañera, desnudo y con los ojos abiertos, y creyó que se había ahogado. Sabía que ese era uno de sus muchos modos de meditar, pero el estado de éxtasis en que yacía a la deriva parecía de alguien que ya no era de este mundo», y que «el general se agarró sin fuerzas de las asas de la bañera, y surgió de entre las aguas medicinales con un ímpetu de delfín que no era de esperar en un cuerpo tan desmedrado». El discurso histórico nos dice que las enfermedades tropicales atacaban a gran parte de los recolectores de caucho en las selvas colombianas, que además estaban sometidos a condiciones infrahumanas, y por ello se disminuía continuamente la cantidad de mano de obra; José Eustasio Rivera nos cuenta del «miserable anciano Clemente Silva», que «cuando oyó noticias del hijo muerto, cifró su esperanza en prolongar la esclavitud, hasta que la tierra le permitiera exhumar sus restos. La selva, indirectamente, lo reclamaba como a prófugo, y era el espectro de Luciano el que le pedía volver atrás». El discurso histórico nos dice que el 5 y 6 de diciembre de 1928, el ejército acribilló a un número desconocido -que según diversas fuentes fluctúa entre 47 y 5 mil- de trabajadores de la United Fruit Company que se habían levantado en huelga para pedir mejores condiciones

laborales; Álvaro Cepeda Samudio nos muestra a un par de soldados que conversan la víspera de la matanza. Uno dice «Tú tienes miedo» y el otro le responde «¡Qué vaina! Que no tengo miedo, lo que pasa es que no me gusta eso de ir a acabar con una huelga. Quién sabe si los huelguistas son los que tienen razón». El discurso histórico nos dice que el secuestro es una práctica que se instauró en el país desde hace décadas; Tomás González nos narra cómo a Abraham lo secuestran unos bandidos en 1954, y que uno de ellos «era alto, flaco y un poco barrigón y tenía el color amarillo de los que piensan que las verduras son para los conejos, y las frutas, para los niños y los pájaros». El discurso histórico nos dice que poblaciones enteras quedaron atrapadas entre dos fuegos, cuando paramilitares y guerrilleros recrudecieron sus pugnas territoriales; Evelio Rosero nos muestra esto a través de los ojos de un anciano profesor de colegio que vaga por la población de San José, que pronto se va poblando de cadáveres hasta volverse como Comala.

A lo que el crítico argentino Noé Jitrik se refiere cuando habla de «espacializar el tiempo» como procedimiento ficcional, es que, a los hechos escuetos, a las estadísticas, se les dan caras, personajes, conflictos. Mientras la historia describe cómo era una calle, y tal vez pueda dar algunos datos generales (ingenieros que trabajaron en ella, plan urbano que la gestó, en fin), la ficción permite que un personaje transite por ella y nos muestre a qué olía, o la dificultad para caminar por la acera izquierda debido a que en ese tiempo era muy estrecha y no la habían ampliado, o el sentimiento que producía, etcétera. La Historia cuenta y ordena los acontecimientos, la ficción se sirve de ella para ponerlos en escena, y así logra conmover, mostrarle al lector los aspectos más desgarradores, violentos, paradójicos e injustos de la Historia, mover su empatía frente a la tragedia.

2. Las trampas de la historia

Walter Benjamin, en 1938, en un breve escrito titulado *Tesis sobre la filosofía de la historia*, afirma que lo que se transmite del pasado no es lo que *ha acontecido*, sino lo que *considera relevante* el grupo que detenta el poder y, por lo tanto, escribe la Historia. Así, la historia de los vencidos, de los pobres, de las minorías, de lo considerado *bajo* por la moral imperante, de los pueblos primitivos, etc. no se ha incluido dentro de la historia. Esta idea se vuelve más densa, más profunda, en la actualidad, pero no se gesta en ella: hace siglos que se levantan voces para denunciarla. Bartolomé de las Casas, en su *Apologética historia*, dice: «Consideramos bárbaros a quienes no tienen escritura o lengua culta. Pero la gente de las Indias podría tratarnos de barbarísimos, puesto que no comprendemos su lengua.» Montaigne, en sus *Ensayos* (1580), también denuncia el carácter eurocentrista de las concepciones sobre el Nuevo Mundo, cuya historia no tiene cabida dentro de la gran historia de la humanidad: «No hay nada bárbaro ni salvaje en esa nación, a juzgar por lo que me han contado, sino que *cada uno llama barbarie a lo que no es hábito suyo*; en realidad, me parece que no tenemos otro punto de referencia respecto de la verdad y de la razón que el ejemplo y el modelo de las opiniones del país donde nos encontramos. Ahí está

siempre la religión perfecta, el gobierno perfecto, el uso perfecto y acabado de las cosas».

La Historia, entonces, es incompleta. Es un rompecabezas imposible de armar porque su fabricante consideró que algunas piezas no eran necesarias. (...) Pareciese que la Historia sume a los hechos en la inmovilidad: un rebelde es neutralizado cuando se le convierte en personaje histórico porque una hojarasca de epítetos viene a simplificarlo y a encasillarlo.

La ficción, la buena ficción, trasciende esos epítetos, esas fórmulas vacías por cuanto trabaja con el carácter humano, que es tan contradictorio, al punto que los buenos escritores van más allá de sus convicciones políticas, son capaces de retratar los claroscuros, las contradicciones: «Nos interesa el límite peligroso de las cosas./ El ladrón honesto, el asesino sensible,/ el ateo supersticioso», dice el poeta inglés Robert Browning en su *Apología del obispo Blougram* (1855). Gracias a ello la literatura, a diferencia de la Historia, es menos susceptible de ser manipulada en favor de las ideologías. Además, es una también una forma de meterse en la piel del otro, un instrumento muy poderoso de la empatía.

3. La recuperación de la palabra y la memoria

Octavio Paz nos recuerda que «cuando una sociedad se corrompe lo primero que se gangrena es el lenguaje. La crítica de la sociedad, en consecuencia, comienza con la gramática y con el restablecimiento de los significados». Por eso mismo, «la crítica del estado de cosas reinante no la iniciaron ni los moralistas ni los revolucionarios radicales, sino los escritores... Su crítica no ha sido directamente política -aunque no hayan rehuido tratar temas políticos en sus obras- sino verbal». Una de las primeras medidas consiste en forzar, reflexionando sobre el lenguaje, «un sistema de transparencias para provocar la aparición de la realidad. Limpiar el idioma y extirpar la ponzofia de la retórica oficial»¹.

Antonio García Ángel

1 Op. Cit. PAZ, Octavio. Pág.274



***ganadores concurso
“lo mejor de la voz del sur
del cesar 2011-2021”***

martín sin sombra

Su nombre era Martín, su apellido no me acuerdo y tampoco importa. Era una persona tosca e introvertida, producto de una niñez triste y solitaria, poco amigable y de pocas palabras. Era de las personas que pensaba que algunos nacían con estrellas y otros nacían estrellados. Por supuesto, él se contaba entre los últimos. Cierta día, caminando sin rumbo fijo por las calles de su natal pueblo de Costilla, sin darse cuenta, terminó en medio del pequeño cementerio municipal, ensismado en sus pensamientos. Creía que aquellos muertos tenían mejor suerte que él. Con el radiante sol a sus espaldas, de pronto escuchó una voz que lo saludaba:

- Hola amigo, ¿cómo estás?

Antes de contestar el saludo, volvió su mirada a quien lo saludaba y confirmó que no era del pueblo. Era alto, vestía todo de negro, elegante y de mirada penetrante. Portaba en sus manos un maletín de cuero negro. Martín no le contestó el saludo, y se limitó a preguntar:

- ¿Y quién diablos es usted?

A lo que le respondió:

- Mi nombre es lo de menos. Te quiero proponer un negocio que te hará muy rico a cambio de algo que tú tienes y que yo colecciono.

Y como Martín era de los seres que creían que el dinero lo es todo en la vida, preguntó intrigado:

- ¿Y qué tengo yo que te pueda interesar, si soy de los más pobres del pueblo?

A lo que el extraño respondió señalando con su dedo índice hacia el piso:

- Tu sombra

Martín, asombrado, se preguntó ¿para qué carajos le sirve mi sombra?, pero también se preguntó ¿para qué carajos me sirve a mí la sombra? Y pudo más la ambición que la razón, y preguntó:

- ¿Como cuánto dinero me daría por ella ?

Y lo que más le intrigaba:

- ¿Cómo la piensa arrancar de mí?

Mirándolo fijamente le respondió:

- Suficiente plata para que no tengas que trabajar el resto de tus días. Y de cómo la voy arrancar, yo me encargo.

Martín pensó que había hecho el negocio de su vida, y selló el pacto con una gota de sangre sobre un pergamino que el extraño sacó de su maletín, junto con unas tijeras hechas de hueso. Acto seguido, se agachó. Para asombro de Martín, empezó a recortar ágilmente su sombra, y después la enrolló suavemente con mucha delicadeza, y la depositó dentro de su negro maletín. Martín recibió a cambio una mochila tejida en pelo de cabra. Y tal como le había dicho el extraño antes de irse, “siempre que metas tu mano izquierda dentro de ella hallarás dinero”, así sucedió. Después de esto, el extraño desapareció entre las bóvedas.

Esa noche, Martín se dirigió al bar La Gata Caliente a la salida del pueblo. Después de mandar cerrar el bar solo para él, y para asombro de todas las prostitutas presentes, empezó a sacar grandes cantidades de dinero de su mochila y a pedir ron pa’ todo el mundo. Esa noche hizo el amor con la Paty, la más apetecida del bar, pero al salir de la pieza ella le comentó a las otras que había tenido la sensación de haberse acostado con un cadáver.

De ese día en adelante, esa fue la rutina de Martín: vivir en el camino de los vicios tratando de llenar un gran vacío que sentía dentro de sí. Se sentía un ser incompleto, y en verdad lo era porque no tenía su sombra, esa que le recuerda a uno que está vivo y lo mantiene pegado a esta tierra. En el pueblo lo apodaron Martín sin Sombra, era la burla de los niños y los mayores evitaban encontrarse con él porque siempre lo rodeaba una aura negativa.

A veces, a solas en su habitación, pensaba en su pobre niñez y recordaba que su única distracción eran las sombras que proyectaban sus manos a la luz de la vela contra la vieja pared de bahareque; formaban ya fuera una paloma, ya fuera la figura de un perro... hasta que se quedaba dormido. Y sintió nostalgia de su sombra, y lo que era peor, la empezó a extrañar.

El dinero ya no le importaba. Es más, ninguna mujer del bar se acostaba con él por ningún dinero, ya que al igual que la Paty, todas las que se acostaron con él, acabaron sus días tiradas en una cama del hospital, poseídas por una extraña enfermedad terminal.

Cuenta la gente del pueblo que se volvió un ser solitario, y que todas las tardes se dirigía al cementerio municipal con la ilusión, tal vez, de encontrarse con ese ser que se le había llevado su sombra.

Cierta tarde lluviosa y gris, después de un funeral, lo vieron hablando con una persona alta, elegante, y toda vestida de negro. No era del pueblo, y si fue verdad, esa tarde por fin se le cumplió el deseo a Martín sin Sombra. Se le apareció dicho personaje, y lo saludó como aquella primera vez:

- Hola amigo, ¿cómo estás?

Como esa vez, Martín sin Sombra tampoco respondió, y simplemente se limitó a preguntar:

- ¿Qué debo hacer para recuperar mi sombra?

A lo que él le respondió:

- Hicimos un pacto firmado con sangre, y tu sombra ya no te pertenece. No hay forma que regrese a tí, mientras estés vivo.

Martín primero sintió un sentimiento de impotencia y luego se abalanzó con rabia sobre él, con la única intención de matarlo. Lo que él no sabía, es que no se puede matar al que ya está muerto. Y como aquella primera vez, desapareció entre las bóvedas.

Al otro día lo encontraron colgado de la vieja ceiba que se encontraba camino al cementerio. Pero lo que mas impresionó a la gente, es que su sombra había vuelto y que se proyectaba frente a él, y no a sus espaldas como a todos los presentes que tenían el sol ante ellos. Entonces todos comprendieron, que su sombra había vuelto para arrastrarlo a lo más profundo y oscuro de la tierra, de donde no saldría nunca jamás.

Wilson Barbosa Jaimes
Taller Relata
Pelaya, Cesar



matica de naranja

Una gran semilla sembré
Para que una matica saliera.
Bastante la cuidé
Para que frutos me diera.

Mucha agua le eché.
Estaba sembrada en la granja.
Hasta que un día pude saber
Que era una matica de naranja.

Grande se volvió
Y sus frutos empecé a recoger.
Alimento me dio
Y su jugo para beber.

Gracias por lo que para mí eres.
Cuidaré de ti siempre.
Te daré todo lo que quieras.
Y nunca dejaré, linda matica, que mueras.

Juan Diego Chiquillo Pedraza
Alumno Grado 7
Institución Educativa San Juan Bautista
Simaña, Cesar



la falsa felicidad de don goyo

Es común en todos los pueblos pequeños encontrar desde casas humildes y calles polvorientas hasta infinidad de problemas sin solucionar, problemas que se convierten en pista de aterrizaje para las mentiras de todos los políticos, que cada cuatro años aparecen con el mismo cuento de siempre: solucionar todas las dificultades de agua potable, de energía eléctrica, de aguas negras, de desempleo, y hasta la solución a problemas que no existen. Tal fue el caso de un desubicado candidato que dentro de sus promesas incluyó la pavimentación del río Magdalena. Lo malo no son las mentiras de los políticos. Lo malo es que siempre les creemos. La Gloria no es ni será la excepción. A pesar de todo, este pueblo sigue siendo uno de los más pacíficos para todos los que lo visitan. “¿Dónde dejaste los soldados, general Maza?”. “En La Gloria”, respondió el astuto general al interrogante del estricto Bolívar. Desde entonces siguió siendo llamada La Gloria, aunque Maza no se refería a esta Gloria exactamente: el muy avisado lo embarcó, a pesar de contradecir las órdenes de su superior, hacia la gloria celestial.

Es La Gloria uno de esos bellos lugares donde todavía encuentras a vecinos dialogando frescamente por entre los amplios espacios que dejan las cercas de guadas de sus patios, donde las gallinas y otros animales de corral permanecen todo el día en el solar del otro, sin que esto sea motivo de problemas. Si la comadre Juana necesita un poquito de manteca para el arroz del almuerzo, no hay ningún apuro. Doña Sixta con gusto se lo presta. Es tan vivible este pueblo, que todo el mundo sabe cómo se llama el otro. Aquí los apodos abundan. Los hay tan simples como “Mañeculo”, hasta algunos un poquito más originales. Es el caso de la señora a la que su marido, luego de cogerla con las manos en la masa, le echó agua hirviendo en las partes nobles, y todo el pueblo la bautizó como la “Pan Quemao”.

La pequeña emisora que hay en el pueblo, a veces es sustituida por un muchacho que, megáfono al hombro, reparte información por doquier. En este sitio bendecido por Dios, al difunto todavía se le rezan completicas las nueve noches, y en su propia casa. Aquí los ladrones solo roban chucherías, y aún existe el personaje que cura con plantas, el que reza la lombriz de los bebés, la que te fuma el tabaco para conseguir amores imposibles. Todavía algunos niños juegan a la lleva, y al papá y a la mamá debajo de la cama. La tecnología no es imprescindible para muchos. Allí está don Goyo, por ejemplo, recostado en su nueva silla plástica. Pareciera estar cansado, se le nota lejano. A don Goyo poco le importa saber qué es internet, qué es un correo electrónico, y la única memoria que conoce es la de su cabeza, con algunos pelos blancos transformados a la fuerza en negros brillantes.

Hoy luce postrado en su elegante silla Rímax. Saluda a todo el que pasa por la concurrida callecita con su arrugado y pellejudo brazo, acompañándolo de un

disminuido “Adiós”. Todavía logra dar algunos pasos torpes y desiguales. Su único amigo, un elegante bastón vinotinto con la figura de una serpiente en su mango, se ha convertido en su apoyo inmediato. Tiene una felicidad falsa, estoy seguro, porque en su segunda soledad, la de su cuarto, el vía crucis empieza con el extenso ritual de sentarse en la cama. Algo tan sencillo como sentarse, es ya un tormento para él; sufre de tremendos dolores lumbares producto de fuerzas desmedidas en su juventud. Necesita ayuda para quitarse los zapatos y volvérselos a poner.

Don Goyo es el patriarca de una recua de casi tres generaciones que se apostaron en su casa, y él, pasado de buena gente, no ha tenido el coraje de sacar volando del rancho a más de uno. La bullaranga del lugar contrasta con su soledad. Me agrada conversar con don Goyo, porque siempre tiene algún cuento para referirme. Algunas veces, aunque me los repite, yo me río con la misma gracia de la primera vez. Es feliz cuando se le pregunta por épocas pasadas. Uno se lo imagina trotando por la sabana en su caballo negro, buscando amores o persiguiendo al ganado cimarrón para llevarlo enlazado de la poderosa cabeza de su silla de montar. “Eran tiempos bonitos”, suspira don Goyo, mientras pierde su mirada en los recuerdos. Me temo que dentro de algunos años, habrá que cambiar su silla Rímax por una mecedora. La curvatura de su espalda ya no se acomoda a la de la silla. Poco a poco se acaba su pasatiempo favorito, la lectura; la inexorable disminución de su vista ya no le permite leer cuanto papel se atraviese en su camino.

Temeroso de que el sol caliente su cabeza teñida, don Goyo cambia de acera, a la velocidad de una tortuga centenaria. Allí lo encuentro con su infaltable bastón debajo del frondoso árbol de oití.

- ¿Cómo está, don Goyo? -le digo cuando me le acerco.

- Aquí, aprovechando la luna -responde con su sonrisa de setenta y cinco años.

- Hoy voy de carrera, don Goyo, así que no me puedo demorar mucho.

No me responde nada. Cuando me alejo, le noto la tristeza, mientras sus manos tiemblan como queriendo decirme algo. Cuando estoy a punto de cruzar la callecita, escucho su voz carrasposa y entrecortada, que me dice:

- ¡Por favor, no se te olvide pasar mañana!

José Fernando López
Docente
Institución Educativa José Mejía Uribe
La Gloria, Cesar

el último día de la guerra

- Abuela, abuela. Mira lo que dicen en la televisión. Hoy es el último día de la guerra.

Mi abuela, una mujer diminuta, de edad avanzada, me tomó de la mano, me sentó en el sillón, y empezó a narrarme una vez más la historia de su guerra:

- ¡Ay, hijo! Es inevitable. Cada guerra trae a nuestras vidas sufrimiento y dolor.

Estaba tranquila, sonriente como siempre, y noté, que como todos los días, tenía deseos de conversar. Su voz sonó de nuevo. Esta vez más clara y aguda:

- ¡Ay hijo! El olor de las mazorcas tiernas trituradas por el molino que trabajaba con la energía de nuestras manos, cada mañana, es uno de los mejores recuerdos de aquellos días. ¡Cómo olvidarlos! El campo nos hacía muy felices. Aunque eran pocas hectáreas, en esa finca mis padres nos iban levantando. Éramos cinco los hijos producto de ese amor. Yo era la mayor. La verdad, hijo, no éramos ricos. Pero teníamos carne, maíz, arroz y productos frutales que vendíamos en tiempos de cosecha a buen precio. Te aseguro que con eso era más que suficiente. El día en que empezó todo, papá se levantó muy preocupado. Lo noté, y se lo dije a mamá:

- Vieja, algo pasa. Papá está muy pálido y mira a cada instante el camino de entrada a la finca.

Mamá se preocupó. Luego dijo:

- Ya está envejeciendo...no deberías preocuparte. Ven, acompáñame a terminar de lavar estos trapos. Recuerda que debes encargarte de tus hermanos. Es hora de que empiecen a aprender a leer.

Noté también que desde ese día, papá y mamá se hablaban en secreto. Estaban tan nerviosos que no podían disimularlo. Cuando fuimos a dormir, en toda la noche no se encendió luz alguna. El cuarto grande nos sirvió de refugio. Los niños no lo notaron.

- ¡Niños! ¡Levántense! ¡Es hora de salir!

Era mamá. Acto seguido, encendió una cerilla que escondía entre sus manos.

- ¿Qué hora es, mamá?

- Hora de salvar la vida. Vienen hacia acá en estos momentos.

Papá tenía en su mano izquierda la escopeta y cargaba con la derecha a Eliut. Mamá, a su vez, llevaba a Cebollita y a Caucheras, mis dos hermanos menores de cinco y siete años. Yo fui por Lina, de tres años, quien siempre dormía conmigo. Abrió los ojos, me miró extrañada por un momento, y luego se recostó en mi hombro y siguió durmiendo.

No habíamos andado cien metros, monte adentro -la cañada parecía boca de lobo-, cuando escuchamos los primeros disparos. Sandokan empezó a ladrar con furia. Papá lo dejó amarrado para que no nos delataran sus ladridos. Sonó un disparo. Después el aullido de dolor. Jamás en la vida volví a sentir sus lengüetazos por las mañanas. Papá me jaló del brazo. Seguí corriendo. El que llevaba la voz cantante del grupo que tomó por asalto la finca, gritó con fuerza:

- ¡Vamos a quemar todo! Ellos no deben andar muy lejos. ¡Gavilán, ven aquí!

- A la orden, mi comandante.

- Toma quince hombres de a caballo y rastrillen un kilómetro a la redonda. Nadie puede quedar vivo, ¿me entiendes?

- Como ordene, mi comandante.

Después de cinco minutos, la claridad del incendio empezó a amenazar nuestra huida. Papá nos escondió detrás de unos arbustos. Los hombres de a caballo estaban cada vez más cerca. Como una gallina que protege a sus crías, Papá nos habló muy despacio:

- Por nada del mundo pueden hacer ruido. Ningún tipo de ruido. Voy a intentar distraerlos. Cuando ellos salgan tras de mí, tú, mujer, con tus hijos, escapas siguiendo el curso del arroyo.

No hubo tiempo para más recomendaciones. Abrazó a mamá con fuerza, besó a cada muchacho, y a mí me dijo:

- Confío en ti. Eres fuerte y sabia. Nos reuniremos en tres días en La Carreta.

Besó mis rizos, y se perdió en la noche. Mamá, los niños y yo, permanecemos entre los arbustos. Los hombres que se acercaban, miraban con sospecha hacia los arbustos donde nos protegíamos. Uno de ellos llamó al compañero más cercano e hizo una señal. Con paso decidido y abriéndose campo con su machete, el más fornido, ya de a pie, se aproximaba a nosotros. Eliut empezó a llorar. Mamá le cubrió la boca con su mano. El hombre se aproximó y llegó a estar a unos veinte metros de nosotros. Pareció observar algo porque puso sobre su hombro la escopeta y apuntó. Todos temblamos. Estábamos apiñados los seis en un abrazo. Éramos blanco fácil a esa distancia.

Cuando el disparo sonó, intenté salir corriendo. Mi madre nos abrazó tan fuerte, que no pude hacerlo. Nadie gritó. El hombre que nos apuntaba cayó herido de muerte. De inmediato, la voz de papá, al lado opuesto, los hizo concentrar su atención en él.

- ¡Aquí estamos, malditos! ¡Vengan por nosotros, si tienen algo de valor!

Hizo otro disparo, esta vez al aire.

- Por allá, por aquel lado. Vamos, que no escapen.

Salieron en un veloz galope hacia el lugar donde estaba mi padre disparando andanadas de balas sin mirar.

- Ahora -gritó mamá, tomando a dos de los niños.

Yo me ocupé de los demás. Salimos corriendo en dirección opuesta a la de los bandoleros. Tomamos el curso del arroyo, siguiendo las instrucciones de papá. Caminamos varios kilómetros con el agua a la cintura. A lo lejos, los disparos se iban alejando. Hubo un momento en que desaparecieron y no se oyeron más.

A esa altura de la narración, mi abuela, estaba sonriendo. La abracé conmovido y le dije:

- No te preocupes, vieja. Ya lo oíste. La guerra terminó. Hoy es el último día de la guerra.

Mi abuela se levantó:

- Para mí, ya la guerra había terminado mucho antes. Terminó el día que decidí perdonar a todos aquellos que me hicieron mal.

Mi abuela era la única sobreviviente entre todos sus hermanos. Los que no murieron en la guerra, enfermaron pronto del corazón, y partieron entre la amargura y el desconsuelo. Mi abuela, en cambio, seguía de pie, fuerte como un roble. Nunca estaba de mal humor. Siempre sonreía a todo. Su corazón siempre estuvo sano.

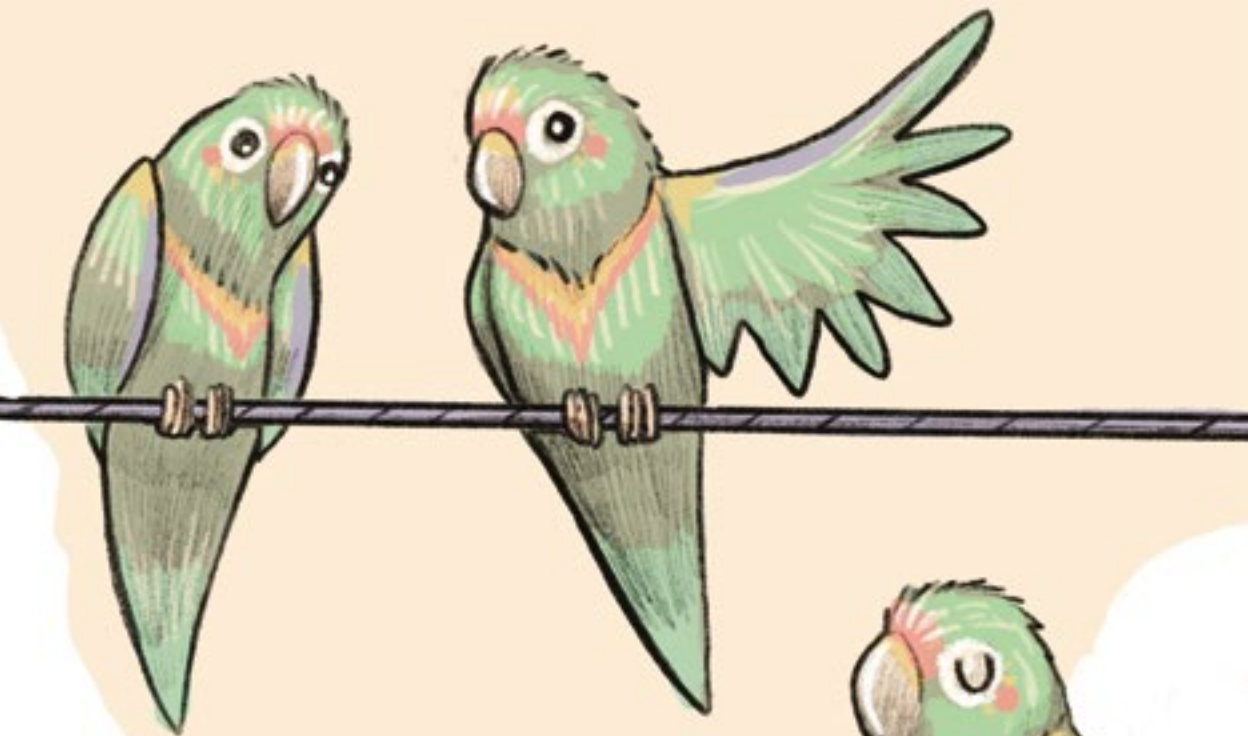
La abracé y le dije:

- Tienes razón, abuela. Las guerras pueden acabar dentro de nuestro corazón mucho antes de que otros decidan ponerle punto final.

Enoc José Palma
Taller Relata “ La voz propia”
Pelaya, Cesar

Cuento pre seleccionado para la antología de escritores relata 2016





***menciones concurso “lo
mejor de la voz del sur del
cesar 2011-2021”***

viajando por el cesár

Señores, quiero pedirles,
por favor, mucha atención,
pues mi tierno corazón
muchas cosas va a decirles.
Viajaremos en avión,
en chalupa o camioneta
sin vestidos de etiqueta.
Voy con mi amiga Emoción,
es ella mi compañera
aunque otro medio quisiera,
para salir de excursión.
- ¿Qué dices amiga mía?
Quiero cumplir tu ilusión
y llenar tu corazón
de sempiterna alegría.
Ya lo hiciste palpar
cuando dijiste que sí,
recorreremos así
por mi precioso Cesar.
No vayamos en avión,
ni en bote de salvamento;
vayamos en ese potro
que se llama Pensamiento.
Con amor e ilusión,
caminaremos sus valles;
de magia y ensoñación,
recorreremos sus calles.
Ya comienza la excursión,
para cumplir lo acordado
visitaré junto a ti,
sus más hermosos poblados.
Será un viaje sin igual
que iniciará en **San Alberto**
hasta el gran **Valledupar**.
- Mira que hermosa sabana,
comenzamos el gran Tour:
San Alberto es en el sur,
de la palma, soberana.
San Martín, su tierna hermana,
el petróleo es su glamour
¡Qué paisaje tan precioso!
Mira que tierras tan ricas:
vamos entrando a **Aguachica**
su comercio es asombroso.
Tomemos este ramal,

puedes llamarlo desvío.
- ¿Qué es eso?
- Es el río,
que corre fenomenal.
Mi corazón se desgarrar,
y de nostalgia se llena
¡Qué alegría da el Magdalena
En el puerto de **Gamarra!**
- ¿Qué es aquello?
- Es un vapor
Que se llama El Capitán.
- ¿Y estos otros?
- El Gavilán, La Confianza,
El Temblador.
Aquí esta otro puerto fluvial,
inmenso como su historia,
es el puerto de **La Gloria**
bello remanso de paz.
Quisiera vivir con vos,
puerto legendario, adiós.
Aquí comienza el terreno
a tornarse escabroso,
tierra culta y de decoro
¡Oh imponente **Río de Oro!**
Su paisaje es tan precioso.
- ¿Y más allá?
- Está **González**,
paraíso majestuoso.
¡Qué cosechas de maíz!
¡Cuántas mujeres hermosas!
pujante y esplendorosa,
Pelaya se hace sentir;
su imponente Bobalí
que besa el singlararé,
¡Qué hermosa tierra se ve!
Y su gente es lo mejor,
tierra amiga, sepa usted.
¡Qué cosechas tan bonitas!
Vamos entrando a **Pailitas**.
Oye ese bullarengue,
¡El tun tun de la tambora!
Y si escuchas que alguien llora,
y de repente te toca,
¡Viene la Llorona Loca!
¡Qué viva **Tamalameque!**

quedarme aquí me provoca.
 Continuemos nuestro viaje
 que para eso te traje.
 ¡Qué precioso pueblo vi!
 Se llama **Curumaní**.
 Tierra de ferias sin fin.
 - ¿Y esa ganadería?
 - Explicarla no podría,
 pero aquí es **Chiriguaná**.
 - ¡Oh! ¿Qué veo?
 - ¡Una piragua!
 Pedro Albuñía y **Chimichagua**
 eso es la misma cultura,
 ¡Qué riqueza! ¡Qué hermosura!
 - ¿Y esas minas de carbón?
 En el Cesar, ya te explico,
 es **La Jagua de Ibirico**.
 Venga, mi hermano, un abrazo,
 mira las minas **del Paso**
 buen futuro ha de venir.
 - ¿Y esta tierra tan gentil?
 Es el bello **Becerril**,
 pletórico de dulzura.
 ¡Qué sabanas! ¡Qué blancura!
 ¡Qué cultivos de algodón!
 Es que entramos a **Codazzi**,
 tierra de aceite y canción.
Bosconia se fortalece,
 la ves cantando al pasar,
 y en sus ventas resplandece
 progreso para el Cesar.
 - ¿Y más allá?
 - Está **Astrea**,
 ciudad quesera sin par.
 - ¡Otro río!
 - Ya lo vi.
 Es el bello Ariguaní,
 el que baña al gran **Copey**,
 bien lo dicen en su grey.
 Y eso lo mira hasta un ciego,
 la tierra de la cultura,
 es el hermoso **San Diego**.
 - ¿Y hay más?
 - La población de **La Paz**,
 tan hermosa, tan jovial,
 al chorro vamos a dar.
 ¡**Manaure**! ¡Qué gran turismo!
 Tu educación sin igual.

Pueblo Bello es decir lo mismo,
 jardín inmenso sin par.
 ¡Mira, qué hermosura de ciudad!
 Esa es **Valledupar**,
 ciudad de los santos reyes,
 ciudad sorpresa a rabiar.
 - ¿Y ese río que corre allí?
 - Es el gran Guatapurí.
 - ¿Y de aquel lado?
 - El balneario de Hurtado.
 - ¿Qué es ese edificio?
 - La Alcaldía.
 - ¿Y aquel?
 - ¡La Gobernación!
 - ¿Y aquella algarabía
 que conmueve a la nación?
 - El famoso festival
 para escoger rey vallenato.
 Debe ser muy importante
 y ya lo pude notar,
 el país está paralizado.
 - Y ese gran monumento,
 amigo, ¿de quién será?
 - Es el gran cacique Upar.
 - Mira cuantos edificios,
 ¿ves aquellos?
 - ¡Uf! ¡Me parecen tan bellos!
 ¡Y el parque recreacional!
 ¡Cuántos coches circulando!
 Señoritas deslumbrantes.
 - Mira, ¡cuántos estudiantes!
 Mi pueblo va progresando.
 Estoy lleno de contento,
 nuestro viaje ha culminado.
 ¡Qué bueno es Pensamiento,
 puen potro y no está cansado!

Eguis Palma Esquivel
 Director Taller Relata "La voz propia"
 Pelaya, Cesar

personajes de mi tierra: ***marcelo miranda cadena*** ***(chelo) tamalameque - cesar,*** ***1943***

Es agricultor desde su nacimiento, chofer de máquinas pesadas y hoy, tendero de barrio. Nacido y criado en Tamalameque hasta los 15 años. Después llega a Corea, ahora llamada Pelaya. Casado con Josefina García Suarez, con quien tuvo 6 hijos. Él siempre ha soñado con tener una parcela para dejarles una buena herencia a sus hijos.

Marcelo Miranda es conocido por el sinnúmero de historias que deambulan por su memoria. Con ellas se ha ganado el cariño y el afecto de las personas que lo escuchan extasiados. Marcelo ha visto crecer a Pelaya, desde los días en que el agua era escasa y muy difícil de conseguir, pues se traía en tanques a lomo de burro desde la quebrada, a muchos kilómetros de distancia.

Empequeñeciendo los ojos, empieza a narrarnos una de sus historias: *La lora Rebeca*, una de las que más le gusta contar:

“Todo comenzó cuando viajé a Saravena, Arauca. Después de muchos años de haberme ido de Tamalameque, como no escribía, ni me comunicaba con mi familia, pensaron que me habían matado, que ya no existía. Recuerdo que había dejado una lora en casa de mi madre. Después de cinco años de ausencia, me encontré con unos amigos, y les dije:

- Por favor, llévenle esta carta a mi madre.

Efectivamente mi madre recibió la carta, y como no sabía leer, llamó a una vecina para que se la leyera. La lora Rebeca estaba parada en un totumo escuchando todo lo que le contaba a mi madre. En la carta decía que yo estaba en Arauca, que estaba bien. Rebeca estaba escuchando todo. Era una lora que yo había consentido y se acordaba mucho de mí.

Pasó el tiempo. Una mañana me encontraba en una finca trabajando, cuando escuché que me llamaban. Era una voz extraña que me decía:

-Marcelo Miranda Cadena.

Yo miraba para todas partes, asustado. Nadie me conocía por los apellidos en aquella región. Analicé bien, y me di cuenta que la voz salía de entre un palo de totumo. Me acerqué asustado, y comprobé lo que temía: era Rebecca, la lora, que había dejado en casa de mi madre. Cuando supo dónde me encontraba, se vino volando desde Tamalameque hasta Saravena. Entonces le estiré mi dedo, y bajó

del palo sin dejar de pronunciar mi nombre. En el camino me contó muchas cosas que habían pasado en mi pueblo. 'Desatrasamos' cuaderno como una hora. Me hablaba muy fluidamente. Era una cosa extraordinaria; hasta llegué a pensar que era un milagro."

Después de la obligatoria carcajada, Marcelo promete contarnos más historias. Su repertorio es inagotable. Se recuesta pensativo y agradece que lo hayamos visitado.

Hoy, con la nieve de los años coronando sus 71 abriles, se siente muy afortunado y agradecido con Dios y con la vida.

- Tenemos que volver -le digo a mis compañeros de salón. Todos asienten afirmativamente:

- Ojalá sea pronto -responden a coro.

Genny Alexandra Sandoval Caviedes (13)

María Fernanda Rodríguez López (16)

Deixy Zapata Bandera (14)

José Carlos Vides Avendaño (12)

Alumnos Grado 8A

I.E. Fundación Jardín Infantil

Pelaya, Cesar



¿décima o espinela?

De esta manera se expresó el maestro Rafael Pérez García (Q.E.P.D) acerca de la décima, asunto que abordaré muy respetuosamente al hablar de este tema tan apasionante, el cual me desvive y me hace vivir acelerando rítmicamente el corazón, que es una fuente de décima viva.

La décima es una herencia
que legó la madre España
y se quedó en mi cabaña
con una noble secuencia.
Tiene una noble cadencia
por el lugar donde vive
y el nombre que recibe
es de Vicente Espinel
y hoy la canta Rafael
con sangre de indio caribe.

Parece algo extraño y quizás sorprendente, pero dentro del género lírico existe una contienda en torno al origen y a la denominación de la décima. Y es que en todo aquello que es importante, universal, se establece este tipo de controversias. Esto no ocurre solamente en relación con la poesía escrita en décima. Basta citar un ejemplo para establecer comparaciones del mismo calibre y quilate, por así decirlo. Ocurrió con el origen y la nacionalidad de Homero, el autor de trascendentales obras, como son la *Odisea* y la *Ilíada*.

Tal vez esto se deba a la trascendental importancia que tuvo, tiene y tendrá la décima en la historia de la humanidad, y particularmente en el seno de su género literario: el género lírico. Estos argumentos permiten expresar, con total confianza, que la décima es la reina de la poesía lírica. Claro está, sin faltarle al respeto a los demás subgéneros: a la elegancia del soneto, como galante del verso mayor, estilizado por su encabalgamiento y estructura; mucho menos a la copla, por ser una estrofa de menor tamaño y estructura; tampoco al madrigal, a la elegía, al ditirambo, a la balada, al haikú, al tankas y, mucho menos, a los salmos. Lo cierto es que las características de la décima, hacen de esta estrofa poética algo particular y singular debido a lo complejo, pero a la vez trivial de su estructura. Y es que al comienzo se torna un poco compleja, al igual que el canto que la reviste. Esto se observa claramente en estas décimas de los juglares decimeros Rafael Pérez García y Alejandro Martelo, baluartes de este dulce género literario.

Observando un decimal
con muchísima atención
vi que en su estructuración
hace una estrofa genial.
Del principio hasta el final
noté a la ley que se rige
entonces fue cuando dije
el que la hace se previene
porque cualquiera no tiene
lo que la décima exige.

Una décima sin rima
es algo muy similar
a la exquisita comida
que se prepara sin sal.
La rima es muy esencial
y unida con el sentido
le brinda el gran colorido
que la décima requiere
de igual forma que el vestido
se lo brinda a las mujeres.

Esta esencia, esta raigambre popular, esta forma de poesía propia de nuestra gente del campo, de nuestra gente sencilla, honesta y trabajadora, hacen de esta forma de filosofía popular, la poesía verdadera y sincera; la poesía pintada con pinceles naturales, la cual se entrona en un reinado coloquial en torno a la alegría, la tristeza, el dolor, la pasión y se afianza con firmeza y seguridad como un puente para darle desfogue al alma y poder lanzar a los cuatro vientos ese espíritu de libertad, adornado con metáforas, hipérbolos y comparaciones sencillas para expresar: yo soy la tierra, el paisaje cargado de arboles cuando se oculta el sol, soy la penumbra tachonada de luceros, la penumbra de la luna en las noches claras, el cansancio arropado de sudor bajo la humildad de los harapos.

De esta manera elemental, se le da rienda suelta al pensamiento y al sentimiento, encasillándolos en un estuche de diez versos, los cuales se amalgaman engarzándose en un singular tejido, enlazándose, entrecruzándose y encabalgándose como queriendo esconder un misterio propio en esta forma de poetizar. Y es así: el primer verso rima con el cuarto y el quinto; el segundo rima con el tercero, pero bien organizados. Se forma, por decirlo poéticamente, un trinomio más un binomio lingüístico, ensamblados como se envuelve el bollo de mazorca en su hoja de choclo, hasta llegar a la mitad de la estrofa. En la segunda mitad, podría decirse que se da algo semejante pero de manera invertida, así como se enlazan los huevos de iguana para lanzarlos a los rayos del sol para que este le imprima ese sabor delicioso. Y es así: el sexto rima con el séptimo y el décimo, y el octavo con el noveno. Es decir, los versos forman una caracola, se enrollan en una estrofa poética de diez versos octosílabos, todos bien obvios y expuestos. De este modo, y respetando la elemental regla, el buen poeta cuadra una décima perfecta. Esta natural forma de enlazar la rima dentro de la décima es lo que hace de ella algo esencial como estrofa poética. Incluso tiende a confundir al que no es decimero en lo que respecta a su denominación o su origen.

Las razones expuestas anteriormente permiten que se clarifique este asunto, todo por el bien de la décima. Entonces vale la pena sintetizar diciendo que recibe el nombre de décima, la estrofa poética conformada por diez versos octosílabos.

La décima tiene presencia en todos los países de habla hispana. Es cultivada en Colombia, en su gran mayoría por poetas populares y campesinos de la costa norte, según dice el decimero Ricardo Olea Hernández. En su obra *La Décima en el aula de clase*, manifiesta que en la costa norte de nuestro país, esta poesía se canta a *capella*, vistiéndose con la musicalidad melancólica del grito de monte y del canto de vaquería. En ella, la poesía se expresa con un lenguaje sencillo tejido con los hilos de la pasión.

Según investigaciones de este juglar, su origen se remonta a las primeras décadas del siglo XVI, y tiene un sello netamente popular. Pastores y aldeanos -especialmente en la región de Andalucía- acostumbraban festejar sus navidades en los patios de los castillos, y allí recitaban y cantaban villancicos, muchos compuestos en forma de décimas. Las rimas perfectas se acomodaban al gusto del poeta, lo cual produjo una gran variedad de formas conocidas como copla real. Se conocieron 25 formas de copla real española. De este secular laboratorio, surgió la fórmula ideal y definitiva de la décima o espinela, bautizada

así en honor al poeta español Vicente Espinel, quien la hizo popular. Otros investigadores atribuyen esta estructura al poeta Juan de Mal Lara.

Para cerrar con broche de oro, les presento mis aportes poéticos en torno a este tema. Me paro de improviso, y canto para un público divino de la siguiente manera, en *La décima sobre la décima*:

Es una estrofa perfecta
la décima en su secuencia
conservando la cadencia
de la rima bien correcta.
Donde el verso se sujeta
siguiendo un orden normal
formándose el decimal
así como se describe
si el decimero percibe
la estructura radical.

El primer verso ya sabe
que el segundo se acompaña
con tercero en su cabaña
porque en su cuarto no cabe.
Quizás el quinto es la clave
para que el sexto prosiga
y al séptimo se lo diga
que el octavo rima bien
si el noveno va también
el décimo los abriga.

Se debe tener cuidado
y respetar su exigencia
porque su noble elocuencia
muchos la han maltratado.
Convirtiéndose en pecado
este brutal sacrilegio,
de violación en arpegio
faltándole a su estructura
por personas sin cultura
para ganar solo elogio.

El verso de arte mayor
en la décima no cabe
y el decimero que sabe
hace respetar el folclor.
Conservando su valor
como un arte genuino
escribiendo un verso fino
propio de una estrofa bella
decorada como estrella
añejado como el vino.

Carlos Enrique Venecia Charry
Compositor, cuentero, decimero y poeta
Tamalameque, Cesar





***textos
seleccionados***

todo por la dama

Muchos de los caballeros en sus tertulias, no propiamente literarias, tienen como tema a las damas. ¡Qué hombre se resiste a ellas! La historia que les relato a continuación, es sobre una dama quien solía ser el entretenimiento de dos muy buenos amigos. Bueno, eso pensaba yo hasta ese día, que por culpa de ella, casi sucede una tragedia.

En sus encuentros, siempre gozaban y se divertían plácidamente con ella. Así solían transcurrir cada una de esas reuniones. Pero de repente, comenzaron cierto tipo de discusiones por culpa de las malas pasadas o jugadas que hacía cualquiera de los dos. A veces, eran discusiones sin sentido. Pero las cosas empezaron a cambiar, y ya esos encuentros, que en el pasado eran de risas y celebraciones entre ellos, tomaron otro rumbo. Tan es así, que ya ella no se dejaba manosear como ellos pretendían.

Esa tarde parecía ser como una de esas que vaticinaban los adivinos griegos. Al señor, quien se hacía llamar “El Azulejo”, se le salieron las casillas pues su amigo “El Payo”, como se le conocía al otro sujeto, quería pasarse de listo, abusando de las habilidades que tenía para así, salir ganando. Se agarraron a trompadas, luego de una acalorada discusión. El tono fue subiendo y la contienda se puso ‘color de hormiga’. Sí, es así como dicen en mi tierra cuando algo va de mal en peor. No sé de dónde salió una ‘chambela’ -así le dicen a las machetillas por acá-. De pronto, vimos al señor “Azulejo” que le mostraba a su contendor el arma, con cara de sable. Él no tuvo más remedio que poner a su ‘caballito de acero’ como escudo. Menos mal que los vecinos, entre ellos su hermano y su sobrino, lograron detener al “Azulejo” y así evitar una tragedia. Al preguntarles el porqué del teatro callejero, quien portaba la chambela, dijo:

- Eso es para que respete y no lo vuelva a hacer.

Mientras decía esto, le mostraba una de las fichas. Continuó:

- Además, le partió el tablero a la ‘dama’, y a las damas, se les respeta.

Soltamos la carcajada, y hasta alguien le dijo estas palabras:

- Estás fregao, “Azulejo”. Yo no peleo por un simple partido de dama.

Aura Piedad Venecia Charry

Docente

Institución Educativa Ernestina Castro de Aguilar

Costilla, Cesar

Limón en la herida

(Fabulilla)

Llevando un pan en su hocico
que rebuscó en la cocina,
una flaca perra va,
a llevárselo a sus crías.
Y la zorra que la observa,
la intercepta y recrimina:
-¡Hola, ladrona!- le increpa-
¿dónde vas tan engreída?

La perra le respondió,
con soberbia no fingida:
-¿Ladrona sueles llamar,
quien toma para sus crías
un pedazo de pan duro
que nadie quiso probar?
¿No será más ladrona aquella,
que en el patio de la vecina,
mata con alevosía,
cuatro, seis, siete gallinas,

y después se aleja oronda
sin probar ni la comida?
No solamente ladrona,
podría llamarte asesina.
La zorra dio media vuelta,
cayó limón en su herida.

Como el caso de la zorra,
hay personas hoy en día,
que persiguen al que lucha
con tesón y ardor, la vida.
Ladrones de cuello blanco,
con cuentas bancarias crecidas,
señalando al que por hambre
tuvo que robar comida.
Llaman orejón al prójimo,
y así marchan por la vida,
sin notar que sus orejas,
tienen mucho más crecidas.

Benita Isabel Esquivel Echeverría

Autora de poemas, cuentos y fábulas

Codazzi, Cesar



¡pirueta!

La madrugada llegó, y con ella un espléndido lunes. El sol estaba ardiente y sus rayos resplandecían sobre las primeras casitas del pueblo. Allí vivía Enrique del Cristo, un hombre alto, de piel morena, espalda ancha y pecho platónico, musculoso, brazos largos, manos fuertes, rostro ovalado, nariz fileña, boca pequeña, cabello ensortijado, voz fuerte y de carácter recio como los toros miuras de la sabana. Pero su semblante era el de un hombre alegre, noble, sincero, humilde y cariñoso, a pesar de su pobreza. En su rostro se reflejaban muchos años de sufrimiento. Pero su voz ronca y su acento golpeado, propio de la región sabanera, era único. Y exclusivo el número de su cédula de identidad. De repente, estiró los brazos entrecruzados al cielo, como queriéndose quitar una carga de leña de guamo o mangle, y expresó:

- ¿Qué hago con esta situación tan dura, Dios mío? ¿Qué hago? ¡Ay, Dios mío! ¡Qué cara situación! Ya la carne la vemos solo en televisión, y ni eso tenemos.

No contaba, ese día, con una moneda. No tenía esperanza alguna de alimentar a su familia. Un cuadro semejante al de la última cena: once hijos y ellos dos, para un total de trece miembros, con la diferencia que en ese cuadro compartían el pan y el vino a granel, y en el de Enrique, los lobos pasaban por medio del fogón. Para ve' que ni para los fósforos tenían cinco chivos. Volvió a expresar:

- ¿Qué hago, Dios mío, qué hago? ¡Dime qué camino coger! ¿Qué hago?

Caminó unos treinta metros hacia el poniente, y se sentó sobre una piedra redonda, inmensa y lisa, donde jugaban sus hijos. Estaba enclavada en una alta palmera, retorcida y encorvada, semejante a la figura de él. Miró a su alrededor. Luego miró hacia el cielo y trató de encontrarle figuras a las nubes como lo hacía el niño del cuento del pastorcito mentiroso. En ese momento, una idea se le vino a la mente: ir a pescar. Dudó, pero al fin se resolvió. Se llenó de valor y se dijo a sí mismo:

- Pensarlo y hacerlo, son dos cosas iguales. Ánimo contra el miedo.

En ese instante, su mujer lo llamó a desayunar. Con un poco de pena se acercó a la mesa. No alzó la cara. Tomó varios sorbos de café cerrero y masticó con delicadeza el pedazo de pan que estaba en un plato de flores rojas y amarillas, un poco descascarillado por el tiempo. Luego se dirigió al cuarto, llamó a su hijo menor, y lo invitó a la ruda faena.

El muchacho, con un poco de pereza, obedeció. Fue a la cocina, tomó una totuma, sacó con ella un poco de agua de una tinaja de barro, se medio lavó la cara, tomó una taza de café que le brindó su madre, acompañándolo con un trozo de pan tostado seco y lleno de moho. Su papá le preguntó:

- ¿Ya estás listo?

- Sí, señor -respondió el muchacho.

Luego, cada quien tomó sus herramientas correspondientes: Enrique tomó la atarraya, el cuchillo, la mochila y la lata de los tabacos, mientras Carlos, su hijo, tomó con sus frágiles manos, en una el canaleta y en la otra la linterna por si acaso la noche llegaba. Abrieron el portillo de cuatro hilos de alambre, y se dirigieron hacia el puerto desviándose por un camino que se internaba entre unos árboles de mangos inmensos.

Llegaron al puerto. Cuando todo estaba en orden y bien dispuesto, soltaron la canoa y emprendieron su rumbo ciénaga adentro. El día estaba sofocante lo que indicaba que haría buen tiempo y la pesca sería todo un éxito. Unas leguas ciénaga adentro, Enrique hizo el primer intento: preparó su atarraya, se arqueó, la exployó formando con ella una hermosa circunferencia en el aire. Porque, entre otras cosas, era diestro en el arte de la pesca. La atarraya quedó bien abierta, y penetró en las cristalinas y dulces aguas. Luego, con paciencia y maestría, la fue recogiendo. Pero no atrapó ni un solo pez. Una y otra vez repitió el mismo oficio. En este son, hizo varios lances. El día avanzaba. Ya eran las once del día. El hambre los agobiaba y bostezaban largamente porque el poco desayuno que su fiel y adorada mujer, su entrañable Cecilia, les había preparado con tanto amor, había cumplido su misión. Ya cansado de su desilusionante faena, expresó:

- ¡Caramba! ¡Son como las once y na'! Pero paciencia. ¡Si se me apareciera la Virgen del Carmen San Martín de Loba y me hiciera el milagrito pa' salir de esta pobreza!

Bueno, la paciencia lo dominaba. Enrique no era un hombre ambicioso, pero soñaba con salir de la pobreza para darles a sus once herederos una vida digna y educarlos para que no fueran pescadores como él. Al contrario de su progenitor, era un hombre de noble corazón. De repente, miró a su izquierda y vio que una parvada de pisingos empezaba a descender en un islote.

El ánimo se le levantó como se levantaban en esos instantes las fuertes y frescas brisas del Combú. Señalándole al joven, le ordenó que se dirigiera hacia allá, hacia la isla de Sevillano, sitio donde se habían posado los pisingos. La ilusión de ver a sus hijos convertidos en unos profesionales, se enraizaba aún más en su mente. Pero el hambre, a ratos, trataba de desteñírselos, así como estaban desteñidas las flores de su camisa por el tiempo y el uso. Al fin llegaron hasta la isla donde habían acompañado a los pisingos. Desembarcaron.

Ya en tierra, Enrique ordenó a su hijo asegurar la canoa de un frondoso sol de mangle. Le solicitó que soltara una soga de nylon de unos cuantos kilómetros de largo. Tomó una de las puntas y se la ató a uno de las piernas de su pantalón. Con la otra comenzó a amarrar pisingos. Y eso era amarre que amarre pisingos. Cuando de pronto, estando en su faena, se dio cuenta que estaba en el aire a una altura considerable. Padre e hijo, asustados, no podían hacer nada. El uno, porque por más que zapateaba, seguía en el aire; y el otro, desde la tierra, porque no podía hacer nada por su padre. Bueno, las aves seguían levantando el vuelo. Y entre más maniobras hacía para soltarse, era imposible liberarse. Las aves seguían alzando el vuelo y se elevaban cada vez más.

El padre se dio cuenta que en realidad no podía hacer nada. Miraba hacia la tierra y todo lo veía diminuto: las personas parecían hormigas y las casas, carros y todos los objetos, parecían como de juguete. Los pisingos, inteligentemente, siguieron rumbo a la capital dejando atrás a Costilla. Se guiaban algunas veces por la carretera troncal de oriente; otras veces por el río Magdalena, como lo hacen los expertos aviadores de cualquiera aerolínea. Pasaron por Pelaya, Aguachica, San Alberto, Río Negro, Bucaramanga, hasta llegar a Bogotá. En el aire, Enrique veía pasar el tiempo. Ya sin pataleos, se decía a sí mismo:

- ¡Huy, Diosito lindo! ¡Tanto te he pedido! Pero no me des mucho. Y ahora estos sinvergüenzas pájaros, ¿pa' dónde me llevan? ¡Yo estoy es perdido'!

A eso de las tres de la tarde, los pisingos llegaron a la plaza mayor de Bogotá. Otra idea se le vino a la cabeza:

- ¡Caramba! ¡La Virgen del Carmen y San Martín de Loba me han hecho es un milagro! Bueno, la suerte está echada.

Entonces empezó a vender pisingos. Las personas lo halaban por la camisa, por el sombrero, por la pata del pantalón. La cosa era curiosa verla. A esto había que sumarle el desespero de los animales. Con tan buena suerte, que no se apareció por ahí ningún funcionario del Ministerio del Medio Ambiente. Enrique estaba sorprendido porque le decían:

- Enrique, a mi uno.

- A mi otro, Enrique.

- A mi otro -y así.

En su imaginación se preguntaba:

- ¿Por qué esta gente me llama por mi nombre?

El asunto es que al fin de cuentas, vendió todos los pisingos y reunió en total cinco costalao de billetes de cincuenta mil pesos. ¿Qué hizo? Se dirigió al aeropuerto El Dorado, y solicitó un tiquete para la ciudad de Costilla. Todo fue en balde porque en Avianca o en cualquier otra aerolínea, no hay vuelos para esos pueblos. Solicitó entonces que le vendieran uno hasta Aguachica. Pero con tan mala suerte, que sólo había un cupo y le tocó acomodarse allá en lo último, en la cola. El avión alzó el vuelo, y como él era tan pueblerino, empezó a gritar:

- ¡Este puñetero pájaro metálico me va es a estropía'!

Llegó a Aguachica y siguió rumbo a Costilla.

Era un 16 de julio, y el pueblo estaba en plena fiesta patronal, y la alegría no se hacía esperar. Al llegar a su casa, fue recibido como todo un rey. Pero da la casualidad que ese día había carrera de caballos. No importó el cansancio, ni los bultos de billetes. Para complacer a su hijo, que era aficionado a las carreras de caballos, se le midió a estas. Aperó al caballo. A su Pisabilletes, como le decía él.

Lo inscribió entre los competidores y se le midió a la competencia. A la mitad de la carrera, el caballo frenó de repente, y su jinete, afanado y sudando frío, le decía:

- ¡Arre, arre, caballo! ¡Arre, caballito!

Pero nada. Se bajó, le revisó una por una las patas y las manos. Al revisar la mano derecha, la sorpresa fue que el caballo tenía pisado un billete de cincuenta mil, y por eso se detuvo en la mitad de la carrera.

¡Qué iba a seguir corriendo, si se había ganado la carrera!

Carlos Enrique Venecia Charry
Compositor, cuentero, decimero y poeta
Tamalameque, Cesar



con los ojos del alma...

Vive en Pelaya: Carlos Téllez, un invidente capaz de reparar electrodomésticos y tejer sillas mecedoras.

Con caminar pausado, deambula por las ardientes calles del municipio de Pelaya, Cesar, un callado personaje que a pesar de vivir en un mundo totalmente oscuro, disfruta cada momento de su vida como si fuera el último. Su nombre es Luis Carlos Téllez Galvis. A partir de los doce años de edad, la vida le empezó a cambiar.

- ¡Mamá, mamá! ¿Qué me ocurre en el ojito izquierdo? ¡No puedo ver nada!

Con los días, gradualmente fue perdiendo la visión en el ojo derecho. Sólo conoció la causa, una mañana cuando su madre le explicó:

- ¡Hijo, todo ha sido culpa mía! Fue un accidente, perdóname, por favor. No debí llevarte a ese velorio. Te acerqué tanto al difunto, que el efecto del formol o hielo de muerto te afectó los ojitos.

Aunque nunca pudo entenderlo, se conformó con esta explicación. Desde ese momento, se resignó a vivir en la oscuridad.

Sus primeros recuerdos datan de su nacimiento en San José de Oriente. Después se lo llevaron para la vereda El Bajo. Allí recuerda haber disfrutado la belleza de sus paisajes; como cualquier niño del campo, correteaba las mariposas y se deleitaba bañándose en las frías aguas de la quebrada.

Cuando llegó a Pelaya, su visión era muy escasa. La pérdida de su vista era irreversible. Contrario a lo que muchos pudiesen pensar, Carlitos siempre mostró una actitud perseverante. No se achicopaló. Adaptó una rueda a un palito que siempre lleva delante, como especie de guía. Él le anuncia los obstáculos y altibajos del camino. Se dice que Carlos anda todo el pueblo sin estrellarse con nada. Afirmación que es desmentida por él mismo:

- No puedo decir que camino todo el pueblo sin tropezar con nada, porque no falta con qué se tropiece uno. Sí, hay cosas con las que uno se tropieza.

A pesar de no haber recibido ningún tipo de instrucción, sorprende a propios y extraños, pues con sus propias manos se dedica en sus ratos libres -que son muchos- a engrasar y reparar ventiladores. Arma y desarma su celular a la perfección. También teje sillas mecedoras que le llevan los vecinos. Carlitos ha desarrollado los sentidos del oído y del tacto. A pesar de ser invidente, Carlos es un muchacho normal que guarda el temor de Dios, que siente, que se enamora, que tiene sueños y aspiraciones:

- Lo que más deseo y le pido a Dios, es salud y bienestar para poder algún día conformar una familia.

Cada día, al levantarse, se encomienda a Dios. Él conoce el peligro que corre con tanto loco al volante. Su mayor dificultad consiste en atravesar la carretera troncal de Oriente. Aunque no todas las personas lo hacen, aún quedan muchas almas generosas que le ayudan a cruzarla.

- Debo atravesar la carretera varias veces al día. Siempre me detengo en el borde. Cuando compruebo que nadie me va a ayudar a cruzarla, me encomiendo a Dios; y si no escucho ruido, cruzo. Gracias a él, nunca me ha pasado nada grave.

Carlitos es un titán. Lucha por vencer las adversidades. Vive en un hogar que no es el suyo, con personas que lo ayudan. Pero no pierde la esperanza de que alguien lea estas líneas y le brinde la oportunidad de capacitarse.

- Hay personas más discapacitadas que yo. Ellas no son capaces de comprender mi enfermedad, y me juzgan. Pero yo las entiendo: ellos tienen ojos sanos y no pueden ver. Pero yo que no los tengo, miro con los ojos del alma. Por eso les digo a todos los jóvenes, que aprovechen cada oportunidad que tengan de estudiar y de prepararse. Porque si yo no hubiera perdido la vista, sí la hubiera aprovechado.

Darsy Daniela doria
Kathy Lorena guerrero
Melissa Sánchez illeras
Adriana Lizet Jaramillo
Adriana Lucía Canastero
Juan José Rudas Soto
Alumnos Grado 8º
I.E. Fundación Jardín Infantil
Pelaya, Cesar



la huésped

- ¿Qué vamos a hacer, Biselio?

La voz de la matrona sonaba hueca y descolorida. El hombre se incorporó del catre y miró a los niños que se estremecían agobiados por el furor de la fiebre; respiraban con dificultad. El padre de familia se incorporó con lentitud. Sus seis décadas mal vividas, se le antojaban nueve o diez. Se sentía viejo e impotente. Era la peste la que quería acabar, también, con sus hijos. La mano temblorosa de la fémina se acercó a la frente de la niña.

- La calentura está subiendo. Se nos van, viejo, se nos van.

Esta vez, la voz se desmoronó dando paso al llanto.

- Maldita contaminación -masculló el hombre, oteando el horizonte. Acto seguido, empezó a abrigar los cuerpecillos que parecían levitar en la estera.

- Te he dicho que no es la contaminación, la causante.

- Claro que sí mujer, estás embotada. Son los miasmas, la corrupción del aire; todo está podrido y mata.

- Te digo que no. Ayer lo leí en el diario. Son los planetas alineados los que están causando el problema.

La turbación le hizo quitar la mirada de su esposa y la posó sobre la recién llegada. Entró confiada, como todas las mañanas; jugueteaba entre sus pies. Segundos después, cansada de husmear entre cacerolas y residuos, guardó sus tres kilos de grasa, y sus treinta y cinco centímetros de largo -sin contar su cola pelada y gris-, por el estrecho orificio de la pared. Biselio deseó que se detuviera un poco más para contemplarla, extasiado. Amaba cada uno de sus finos pelillos; los mismos que dejaba diseminados por la estrecha estancia. Sus patas adobadas de esencias del bosque, habían terminado por encariñarlos. Qué decir de sus largos bigotes y esa mirada amarilla, vidriosa e inquisitiva, desapercibida para el resto del mundo. Se respetaban. Era un pacto tácito. Lo mostraba en cada paso confiado que daba por la sala. Ella lo notó en su mirar.

- No la detengas. Déjala a sus anchas, Biselio, es nuestra huésped.

En la estera, los chicos daban estertores; tenían la vista paralizada y sudaban copiosamente.

- ¡Dios mioooo!

Se escuchó un grito desgarrador en las cercanías.

- ¡Maldita peste! ¡Te llevaste a mis pequeños, te llevaste a mi esposo!

Rebeca se miró en los ojos vidriosos del chico mayor. Entonces recordó algo que la hizo sobresaltar, esperanzada.

- ¡La huésped! -gritó, como quien encuentra la solución a un acertijo indescifrable.

Una hora después, los cinco daban cuenta de una humeante porción de caldo de roedor, servido en tazones de plata. Los chicos sanaron. A su debido tiempo, recordó la receta sanadora que recibió de su abuela.

No así el corazón de Biselio. Llevado por la tristeza de quien sabe que ha traicionado la confianza y ha roto un pacto de vida, decidió seguirle los pasos, hasta la morada final, a quien fuera su huésped los últimos quince años...

Eguis Palma Esquivel
Director Taller Relata "La voz propia"
Pelaya, Cesar



los famosos

Por las oscuras y muy sucias aguas del río Magdalena va Lis, con afán de llegar, sentada en un costado de la canoa, asombrada de verse en el atrevimiento de estar en una canoa gigante de hierro, cargada con siete motos y más de diez bicicletas con sus dueños, que también llevan afán. Los ingenieros van sentados en las tablas rugosas y sucias que atraviesan la canoa y son, en este caso, más cómodas que un butacón; van a media marcha, esquivando palos que boyan por el río, excusa perfecta para que Robín, el motorista, economice gasolina. Por mucho afán que se lleve, la canoa no acelera y su ruidaje hace que sea necesario gritar para cada cosa que se va a decir. Nos vamos acercando a la orilla. Lis lleva la cola mojada con el agua que levanta la canoa y se agarra fuerte de los bordes -que casi cortan sus dedos- para que el golpe de su transporte contra el muro no la tire al agua.

- Amarra -grita el motorista a su ayudante. Cumplida la labor, descansan.

Empezamos a subir la empinada orilla de barro. Lis, sin botas, hace malabares para no caer. A los ingenieros les bajan sus motos, con llantas buenas para resistir el barro. Los de la orilla, espectadores o chismosos, nos miran como a especie nueva, buscando algo, y encuentran la cara de Lis. Los de La Palma siguieron para las fincas, los demás caminamos hasta el parque del puerto de las chalupas; allí las gallinas han dejado una alfombra de estiércol más resbalosa que el barro. Ahí aparece el guía de Lis, un niño descalzo y sin camisa. Es "Chayán".

- Señor, ¿para dónde va? - le pregunta, y ella todavía no sabe, está encandilada por el sol, que, aunque es temprano, calienta y brilla mucho sobre los techos de zinc de Regidor entero.

En la casa de Marbel, la dueña de las gallinas, se empiezan a ver las caras de las hijas. Una a una van saliendo a mirar a la recién llegada, que va entrando a la residencia de don Abundio. Los que no la vieron, tuvieron que esperar treinta minutos, que fue lo que tardó Lis en volver a salir.

- Estoy lista para conocer Regidor -dice emocionada la cachaca.

Quiere regresar a la orilla porque le llamaron la atención los patos; el guía le grita, mientras agarraba una piedra:

- Son patos yuyos -y tirándosela los hace volar espantados-. Porquerías, se comen todo el pescado.

- Y allá ¿qué es?

Un muerto boyando por la superficie, el cuerpo descompuesto, casi para reventar, ignorado por todos. "Nadie vio nada". Halándola por el brazo el niño se la lleva a caminar las calles; sin poder borrar la imagen del cuerpo blanqueado por el agua, Lis voltea a mirar lo que sucedería cuando el golero le enterrara su filoso pico.

- Mire la marrana -trata de distraerla el niño.

Ella sonríe al verla, seguida de diez marranitos, entrando en un rancho.

- Buenos días, Se o -la salud  don Julio Florián.

El niño la invitó a la casa del viejo Julio y él empezó a leer unas poesías que embellec an a Regidor, como si se tratase de un paraíso, y a cada una la acompañaba de anécdotas que repetía con una que otra lágrima, como suelen hacer los abuelos. Siguió caminando las pocas calles, todas con una cantina en cada esquina, y clientes fieles, aunque sea martes. Hay alegría en el pueblo; se acerca octubre y se celebrará a Francisco, "el santo". Se estrena completo, "cuando la palma paguen los cultivos".

A Lis nadie la reconoció. Parecía una cachaca, pero era de ahí. A sus padres los mataron en una finca cercana al pueblo, cuando ella tenía cuatro años. El tío, que no se atrevió a recoger los cadáveres picados, se llevó a la niña para Bogotá. Han pasado veinte años y Lis está conociendo otra vez el pueblo, pero a nadie le puede decir que es una testigo más de lo que el silencio no podría borrar.

Ahora visitan a Viki, el viejo más chismoso. Con propiedad, critica todo lo que pasa en el pueblo, porque sabe tanto de lo sucedido que se enorgullece de hablar y hablar:

- Porque este municipio de solo tres calles principales, cuyos sitios turísticos son la iglesia, la alcaldía y el puesto de policía, no tiene agua potable, alcantarillado ni gas. Pero se come pescado, se respira aire puro, y ando todavía en mi caballo, con tierras tan fértiles que nunca falta el maíz y la yuca.

Los mosquitos azotan a Lis, quien se va corriendo a su hotel y desde la ventana sigue mirando cómo acaba la lluvia con los caminitos secos que antes se podían transitar. Se siente un ruido ensordecedor. Lis no sabe qué pasa. Don Abundio le dice:

- T rese al suelo; los remolcadores, otra vez contra los otros.

Se acuesta en el piso, con ganas de llorar. Un cilindro explota. Ella piensa en los niños de las casas de paredes de bahareque y techos de palma, como esa donde entró la marrana con los marranitos. Lo que Lis no sabe es que ellos tampoco dicen nada.

Para mí ha sido difícil describir el recorrido de Lis, porque en pueblos como Regidor, desde hace años, nada, nada impresiona.

Enit Ávila

Docente

Institución Técnica Agropecuaria Héctor Moreno Vides Ballesteros
Regidor, Bolívar

los hijos de la insolencia

“La educación es el alma de los pueblos
y abono de los ejércitos de la libertad”.

Francisco Morazán Quesada

Con un poco de osadía he emprendido una manifestación en contra de los atropellos y del olvido al que han sido sometidos pequeños caseríos, veredas y corregimientos de mi tierra natal. Estos tristes y lamentables sucesos empezaron a agudizarse en 1997, cuando comenzó la deshonrosa historia de insolencias que sufrieron nuestras comunidades, en especial el pueblo de Regidor, que es la cabecera municipal. San Cayetano, San Antonio, Santa Teresa, Santa Lucía, El Piñal, Los Caimanes, Naranjal, Potosí, Solera y Villa Elvira son la tesis de este derrame en prosa por ser comunidades que llevan en su espalda el dolor, el olvido y el abandono.

Acontece que los residentes de estas pequeñas comunidades, durante mucho tiempo, no vienen siendo tratados como seres humanos, sino como recursos que son llevados como corderos al matadero, cada cuatro años. Esta práctica resulta muy infortunada, porque luego los votos se convierten en cuchillos, y los candidatos a la alcaldía se transforman en asesinos de esperanzas y destructores de inclusión y de oportunidades.

Es muy triste hablar sobre esto, pero la verdad es que desde que Regidor se convirtió en municipio, es el dueño de la vaca, pero son otros los que se toman la leche. Lamentablemente, Regidor, Bolívar, ahora pareciera constar solamente del alcalde, sus familiares y los cargos importantes en la alcaldía. Los demás habitamos, en el mejor de los casos, en un sub-Regidor, en unos corregimientos y veredas de segunda clase, de nebulosa identidad.

He decidido ponerle como título ‘Los hijos de la insolencia’ a este pesaroso alegato, porque todos estos males que viven nuestras comunidades rurales no son porque estén escritos en los astros, ni porque sean designio siniestro de Dios. Esto sucede porque no nos han dado las mínimas oportunidades para poder progresar, porque la educación que se brinda es paupérrima -y no por culpa de los docentes- y porque quienes nos han mal gobernado, siempre toman el erario como un ingreso personal. Infortunadamente, también nos hemos tornado expertos en crear y en apoyar a personas sin la suficiente capacidad intelectual y moral para llevar las riendas del progreso de nuestra comunidad.

Hago énfasis en el sector rural porque es la zona más olvidada, traicionada y explotada. Pero lo peor no es eso; lo peor es que casi todo está prohibido. Está prohibido expresar el descontento, opinar en contra de los malos manejos de los recursos, está prohibido reclamar lo que a cada uno le corresponde, pedir discreción, responsabilidad, etc. Lo único que no se prohíbe, es cruzarnos de brazos y lamer los zapatos del que nos gobierna.

No sé cuál será el sol que nos ilumina y el viento que nos empuja, pero en mi región hay muchos niños, jóvenes y adultos con talentos y capacidades increíbles. Pero no tenemos cimientos ni oportunidades. Somos gente con letras, pero del vulgo; gente sin deseos de comida, pero con cerebros hambrientos. Sin embargo, por ser alguien que cree estar comprometido con un mejor mañana para mi pueblo, siento la responsabilidad de tener siempre el oficio de la esperanza para que algún día, por fin, la Semana Santa de Regidor, y sobre todo de sus corregimientos y veredas, puedan terminar con Resurrección.

Agradecimientos a mi papá, Jairo Romero Gutiérrez, a mi profesor de secundaria, Vladimir Ditta Moratto y a un gran amigo, Rodrigo de la Cruz Amaríz. Personas que me han ayudado a ampliar mi cosmovisión.

Jairo Daniel Romero Campo
Egresado Institución Educativa Técnica Agropecuario Héctor M. Vides B.
Regidor, Bolívar



¿qué secretos le cuenta la cometa al cielo?

La cometa le dice al cielo que ella conoce los sabores que tienen sus gotas de lluvia, descubre cuando el cielo esta triste, porque las gotas de su llanto saben a nostalgia; cuando está alegre, porque sus gotas saben a música y canto; cuando está desesperada, porque saben a prisa y desosiego; cuando está enamorado, porque saben a ilusión y suspiros. La cometa le cuenta que ella es feliz cuando surca por su piel azul o gris; cuando su amigo el viento la eleva en sus brazos y lo acaricia. La cometa le dice al cielo que ella sin él no puedo vivir.

Jairo Herazo López
Institución Educativa Nacionalizada Integrada
Pelaya, Cesar



jesús cuando pequeño

Otra vez estoy aquí, con mis escritos al ruedo,
Pa' resolver una inquietud, que carcome mi cerebro
Pues la Biblia nunca explica, de Jesús, el Nazareno.
¿Qué hacía nuestro Señor, cuando él estaba pequeño?
Con el don que Dios me ha dado, sumado a mucho talento,
Y con el permiso de ustedes, yo voy a contestar eso:
Jesús no era diferente a los niños de su pueblo.
Vivió una vida normal, en medio de todos ellos.
Jugaba con sus hermanos, con latas y tarros viejos
Que José le fabricaba, porque él era carpintero.
Estando Jesús pequeño, un día José tuvo un sueño:
Que se fuera para Egipto, dejando casa y terreno,
Porque Herodes había ordenado que le cortaran el cuello.
Pero el ángel San Miguel, después de que Herodes fue muerto,
Les dijo a José y María que tomaran el regreso,
Porque aquel que buscaba el niño, ya era puro esqueleto.

Entonces se fue José, con María y sus herederos,
A ofrendar en Jerusalén, también a llevar sus diezmos.
Jesús se les perdió, se fue derecho al templo
A hablar con los sacerdotes y a dejarlos boquiabiertos.
A los tres días, sus padres lo encontraron en el templo,
Y ellos le reclamaron: ¿por qué nos hizo todo esto?
Y el niño les respondió, con alegría y con respeto,
Que en el negocio de mi padre, yo tengo que estar atento.
Sus padres no respondieron, pero guardaron silencio,
Y se fueron para sus casas a meditar en todo esto.

Así se crió Jesucristo, ayudándoles a sus viejos,
Sabiendo que él era Dios, pero no contó su secreto.
A los treinta años cumplidos, muy cerquita de su rancho,
En la orilla del río Jordán, tuvo un encuentro con Juancho.
San Juan, el Bautista, era un profeta muy raro:
Se alimentaba con miel, con langostas de los campos.
Su vestuario era de cuero, del tobillo hasta el sobaco,
Ceñido de un cinturón de cuero de un araguato.
Tan pronto miró a Jesús, se metieron pa' un remanso,
Y en menos que canta un gallo, lo bautizó de inmediato.
De pronto se oyó una voz, resonante como un rayo,
Que todo aquel que crea en mi hijo, de seguro será salvo.
Los cielos todos se abrieron, hubo suspenso en el charco,
Y así en forma de paloma, llegó el Espíritu Santo.

Tres años duró el Señor, en el mundo predicando.
Pero no lo conocieron, los jóvenes ni los ancianos.
Los sacerdotes y judíos, lo buscaban para matarlo.
Pero Judas Iscariote, dominado por el diablo,
Por solo treinta monedas, lo vendió pa' ejecutarlo.

Yo no me como ese cuento de la inocencia de Pilato,
Si él tenía el poder, y bien podía liberarlo,
Dejó que lo torturarán, después de él mismo azotarlo,
Y fue y se lavó las manos, haciendo un par de araracos,
Pero le hacía pistola, así por debajito del saco.

Así murió Jesucristo, en un madero colgado,
Llevándose en holocausto, todos nuestros pecados.
Esto va para los amigos, todo aquel que está escuchando,
Le entregue su corazón, a Cristo resucitado.
¿Qué tal usted en el infierno, todos los días torturado,
En una paila caliente, con un tenedor de palo?
Lo ensarté así de pa' arriba, y otra vez de para bajo.
No quiero yo ni pensar, los gritos desconsolados
Por andar aquí en el mundo, disfrutando de pecados.
Ya con esto me despido, de todos los colombianos,
Pidiéndole al Dios del cielo, que perdone sus pecados,
Y la gloria sea para ti, grandioso Espíritu Santo.

Jorge Humberto Cervera
Escritor y cantautor (Venadillo, Tolima)
Actualmente estilista en la Sala de Belleza de Jorge
Pelaya, Cesar



el viejo malancaroso

Les voy a contar a ustedes, que son todos mis hermanos,
Un chasco que me pasó, hace algunos pocos años,
Cuando andaba yo vagando por las riveras del Caipo.
Estaba ahí sin trabajo, y no tenía ni un centavo,
Y llegue donde Cupertino, que era el dueño de aquel hato,
Un viejo malancaroso, con el corazón de palo,
Que andaba en pantalonetas con un bordón y descalzo.
Me cuentan los que le han visto, que era un viejo bien remalo,
Que no respeta ni al cura, al joven ni a los ancianos,
Y a muchos a tirotao, robándoles el salario.
- Buenos días, el amigo, me alegra a usted saludarlo.
Que mi Dios me lo bendiga y lo llene de muchos años,
Y lo siga prosperando en este, su inmenso llano.
Así yo lo saludé, con amor y con agrado,
Pero el viejo me dejó, a mi estirada la mano.
Después que lo saludé, me le fui directo al grano:
- Mi nombre es Jorge Cervecera y vengo en busca de trabajo.
Vengo equipado con todo, con peinilla y garabato,
Pa' limpiarle los potreros llenos de espinos y de sapos.
- Siga p'alante, me dijo, y a acomódese en el zarzo,
Y que me le den comida, pero bien bajitos los platos.
Después que desayunamos nos fuimos con rumbo al Caipo
Donde el viejo replicaba y empieza hacer un recalco.
- Aquí se trabaja duro, no se admiten los descansos,
Y hasta que no haya acabao no puede tomar guarapo.
- No se preocupe, patrón, que todavía no he comenzao.
Esta tarea para mi es corta, le dije, medio asustao.
Y empecé a tirar machete como un desangualentao
Pa' mostrarle a mi patrón que yo era mucho verraco.
Serían como las doce, el sol calentaba tanto.
El patrón ya se había ido y mirando el corte tan ancho
Me dije pa' mis adentros: me voy a toma' un descanso.
Había un árbol frondoso, cerquita de un palo gacho.
Me acosté despacitico, adolorido po'l maltrato.
Yo creo que por la fatiga y dominado po'l cansancio,
En menos de tres minutos, yo creo que estaba roncando.
Empecé a tener un sueño, acostado en ese terreno,
Donde le clamaba a Dios, con mucha fe y gran esmero,
Pues yo no soy mentiroso, pues nunca he sido embustero,
Pero quería una mujer con unos tres herederos.
Yo quise buscar a Dios y al Espíritu Santo,
Sin saber que Jesucristo me busca desde hace rato.
Cuando miré para un costao, miré llegar un anciano:
Su barba le caía al pecho, blanquito su pelo largo.
Sus ojos eran azules que hacían juego con su pelo.

Caminaba era por aire, no le vi tocar el suelo,
Y su rostro resplandecía con un hermoso destello.
Y me dijo: -No pregunte por mi nombre, tampoco de dónde vengo,
Porque yo he visto su sueño y vine hacerle un encargo,
Pues nadie me ha visto el rostro y ha vivido para contarlo.
Se puso a hacer unas cuentas y escribía en el suelo con un palo.
Sumaba mis obras buenas y le restó mis pecados.
Cuando miré el resultado, yo quedé fue impresionado:
Había saldo a mi favor, aunque andaba descarriado.
Dijo que personas como yo, no ha visto desde hace rato,
Por eso yo te escogí, entre todos tus hermanos,
Pa' que enseñes mi palabra aquí, en la costa y en el llano.
- No te preocupes por el techo, tampoco por tu salario,
Porque cuando tu despiertes, tú vas a ser libertado
Y vas a ser bautizado con el Espíritu Santo.
Yo pensaba era en viajar en buses, aviones y barcos,
Cuando sentí un patadón por debajo del sobaco.
Era el patrón enfurecido, echando miles vainazos,
Gritaba el viejo embravecido, de rabia mordía el tabaco,
Y con la cacha del revólver, me daba pol'espinazo.
Yo le suplicaba al viejo: -No vaya empuercar su mano,
Del trabajo que le he hecho, no le cobro ni un centavo.
Y me las pelo corriendo por debajo de un alambrado.
Entre más corría y corría, escuchaba varios disparos,
Pero ni uno dio en el blanco, pues Cristo estaba a mi lado.
Y entonces empecé a entender que esto ya era un milagro.
Después de caminar tanto de p'arriba y otra vez de p'abajo,
Dios puso en mi corazón, que ya cumplirá su encargo.
A ese Dios de los cielos, hacedor de los milagros,
Al cual a todos ustedes, les pido le den un aplauso.

Jorge Humberto Cervera

Escritor y cantautor (Venadillo, Tolima)

Actualmente estilista en la Sala de Belleza de Jorge
Pelaya, Cesar



a veces recordar es morir

Alelí es hija de un pescador de Montebello, un pueblo de la Costa Caribe colombiana. En toda su vida, Alelí no ha hablado de su terruño ni tampoco de la casa en que pasó su infancia ni de sus padres ni, desde luego, de cómo se hizo prostituta. La mayoría de la gente prefiere seguir imaginándose que su mamá y su abuela también fueron prostitutas, y que la empezaron a preparar desde que le quitaron la teta. En realidad, un día, hace muchos años, le estaba prestando “sus servicios” a un hombre que mencionó que había estado en Montebello la semana anterior. Se sintió tan sorprendida, que no pudo contenerse, y le dijo:

- ¡Montebello! De ahí soy yo.

- ¿Montebello? Seguro que no estamos hablando del mismo lugar -respondió desconcertado el sujeto.

- ¡Qué cuento! -dijo, soltando una carcajada-. ¡Tú de un pueblucho como Montebello! Eso sería como pensar que las vacas vuelan.

No es que a ella le guste pensar que es como una vaca que vuela, pero supone que en alguna medida es cierto. Después de todo, se crió allí, y nadie se atrevería a decir que es un lugar con glamur. Casi nadie va por ese pueblo, y su gente no tiene muchas oportunidades de salir. ¿Cómo lo consiguió Alelí? Se los voy a contar:

Montebello es un pueblo sucio y maloliente. Incluso el mar despidió un terrible hedor, como si todos los peces se estuviesen pudriendo. Alrededor de los postes del muelle, flotan trozos de fruta y verdura. Los barcos tienen la pintura saltada y parte de la madera agrietada; parece que se hubieran estado peleando unos con otros. La casa en la que vivía Alelí con su familia estaba junto a un acantilado donde soplaba constantemente el viento del océano. De niña ella pensaba que el mar estaba enfermo del pecho, porque siempre hacía ruido antes de soltar un estornudo, lo que significaba que las ráfagas eran tremendas. Decidió que el mar había contagiado a su casita, ya que empezó a torcerse, y por eso su padre había tenido que apuntalarla a un madero, de modo que parecía un borracho sosteniéndose de un poste. La vida de Alelí en esa casa, también estaba un poco torcida. Como desde niña se pareció mucho a su madre y nada a su padre, él siempre estaba dudando, y para colmo de males, hubiese preferido un varón para que lo ayudara en sus tareas de pesca.

Los padres de Alelí habían pensado tener más hijos. Pero cuando ella tenía seis años, su mamá cayó gravemente enferma, probablemente de un cáncer de estómago, aunque en ese tiempo la niña ni siquiera intuía lo que pasaba. Conforme transcurrían los meses, más empeoraba, y ya no podía dormir, porque el dolor no la dejaba. Alelí se dio cuenta de que algo estaba cambiando rápidamente en ella, pero su corta edad le impedía comprender la magnitud del problema. Cuando cumplió diez años, su mamá estaba extremadamente delgada. Entonces,

una tarde que se encontraba sentada en el suelo jugando con una lagartija, una voz llamó:

- ¡Buenas! ¡Abran la puerta! ¡Soy el doctor Ochoa!

El médico iba al pueblo una vez a la semana y desde que la mamá de Alelí había enfermado, la visitaba frecuentemente. El papá estaba arreglando una red de pescar. Pasado un momento, miró a la niña y levantó un dedo; esto significaba que quería que fuera a abrir la puerta. El doctor entró, y le dijo al pescador:

- Me gustaría vivir como usted, todo el día en el mar, ¡qué maravilla! Veo que su esposa continúa dormida. Es una pena, porque pensaba examinarla. La semana que viene no puedo acercarme. ¿Podría despertarla?

- Alelí, tráigale un café al doctor -dijo el padre, y luego se dirigió a la otra habitación, donde dormía la mamá, seguido por el médico.

Cuando los hombres entraron al cuarto, la niña intentó escuchar desde la puerta, pero solo oía los quejidos de su madre. Se puso a hacer el café y enseguida salió el médico, frotándose las manos y muy serio. El papá salió detrás y se sentaron los dos a la mesa.

- Llegó el momento de decirte algo -empezó diciendo el doctor Ochoa-. Tienes que comprarle un vestido bonito a tu mujer.

- No tengo plata -respondió el pescador.

- No debería morir con los harapos que lleva puestos.

- Entonces, ¿es que va a morir pronto?

- Con los dolores tan espantosos que tiene, la muerte será un alivio -respondió el médico.

Después de oír esto, Alelí quedó paralizada. Nunca se le había ocurrido que su madre podría morir. "¿Cómo voy a seguir viviendo en esta casa, sin ella? ¿Qué será de mí?", pensaba.

Un día, al regresar de la playa, encontró a un señor que no conocía, sentado frente a su padre en la mesita de su casa. Se dio cuenta de que estaban hablando de algo importante, porque ni siquiera se percataron de su presencia cuando entró. Se quedó quieta escuchándolos.

- ¿Qué piensas de mi propuesta, Jorge?

- No sé, señor Corrales -dijo su padre-. No puedo imaginarme a mi hija en la capital.

- Lo entiendo, pero piense que ella podría estar mucho mejor, lo mismo que usted. Solo ocúpese de que mañana por la tarde baje al pueblo.

Tras decir esto, el señor Corrales se levantó para irse. Alelí fingió que acababa de llegar, cuando se cruzaron en la puerta.

- Le estaba hablando de ti a tu padre -le dijo-. Vivo al otro lado de la loma. ¿Por qué no vienes mañana? Conocerás la casa y a mis hijas, creo que te encantará. Tal vez te gustaría quedarte en la noche. Solo es una noche, no te preocupes, y luego te traigo de vuelta a casa. ¿Qué te parece?

Alelí dijo que le parecía estupendo e intentó disimular que la propuesta le parecía normal, pero en su cabeza todo era un enredo. Después de que se fue el señor Corrales, trató de ocuparse en la cocina, pero se sentía como en sueños. No supo cuánto tiempo pasó. Por fin oyó suspirar a su padre y le pareció que estaba llorando.

Al día siguiente, cuando pasó por el puerto, vio a los pescadores. Su padre estaba entre ellos, agarrando los pescados con sus manos huesudas y echándolos en canastos. En un momento determinado, miró hacia donde estaba Alelí, la saludó con la mano, y luego se limpió la cara con la manga de la camisa. Su expresión parecía más triste de lo normal. Cuando llegó a la calle principal, apareció el señor Corrales y le preguntó con voz melosa:

- ¿Vas a mi casa? Tranquila, que no te pasará nada -y luego la invitó a subir a un carro.

Alelí aceptó, por no desobedecer a su padre y también para olvidarse un rato del sufrimiento que le causaba la enfermedad de su madre. Al subir a la loma, dejaron atrás Montebello. La niña se volteó con lágrimas en los ojos, y aunque intentó ocultárselas al señor Corrales, él se dio cuenta y le preguntó qué le pasaba:

- Me cayó un muge en el ojo -le dijo Alelí.

- Te pareces a mi mujer, es una floja.

Un momento después coronaron la cuesta, y una casa muy bonita se hizo visible a sus pies. Era un día opaco, el paisaje podría haber sido atractivo, de no ser por ese dolor que le atravesaba el pecho como un puñal. Cuando llegaron a la casa, el señor Corrales la invitó a pasar. Lo primero que apareció ante sus ojos fue un salón donde estaba una mujer de unos cincuenta años, maquillada como un payaso, que tenía pinta de chiflada y no se estaba quieta un momento. El señor Corrales le dijo:

- Esta es Alelí.

La niña la saludó con la mano y la mujer respondió con una sonrisa burlona.

- Entonces, ¿tú eres Alelí, no? - le dijo, y la niña asintió con la cabeza-. ¿Cuántos años tienes?

- Casi once - contestó.

- Pareces mayor -dijo la mujer.

Entonces la vieja se le acercó y la acarició, pero lo hizo de una forma rara.

- Eres bastante bonita. ¡Qué ojos! Serás muy popular.

Alelí no entendía nada de lo que decía la mujer.

- Tu papá es pobre y tu mamá está muy enferma. Nosotros nos encargaremos de tu futuro.

Alelí se puso en pie, preocupada por estos comentarios. Se esforzaba por creer que nada ni nadie la sacarían de su casita en Montebello. Al oscurecer, el señor Corrales le dijo a la niña que se lavara las manos para ir a cenar. La habitación tenía una luz sobrecogedora. Enseguida apareció la cocinera, les sirvió arroz, pescado, yuca y agua de panela con limón en vaso de aluminio. Nadie habló mucho mientras comían. Alelí esperaba ver a las niñas que el señor Corrales había nombrado, pero estas nunca aparecieron, lo cual le pareció muy extraño. Después de cenar, el hombre y la vieja chiflada se pusieron a jugar dominó, y la cocinera le puso un pijama improvisado a la niña y se la llevó a dormir.

Aquella noche, tumbada en la cama, intentó examinar su complicada situación desde todos los ángulos posibles, para ver si lograba convencerse de que todo saldría bien. Empezó preguntándose si podría vivir si la apartaban de su madre, y qué intenciones tenía con ella el señor Corrales. Por lo general, no se quedaba dormida temprano, pero esa noche el cansancio la rindió rápidamente. Al día siguiente, el hombre le informó que viajarían a la capital, y ella, asustada, dijo:

- ¿Qué pasará con mis padres? No quiero alejarme de ellos.

Él le respondió que no se preocupara, que ellos los alcanzarían en Bogotá, que los pensaba ayudar, y que a su madre la iba a internar en la mejor clínica de la capital para que se recuperara pronto. La niña se sintió aliviada y subió dócilmente al vehículo.

Durante el viaje, el señor Corrales y Alelí no cruzaron palabra, hasta que llegaron a un cerro desde donde se dominaba Bogotá, y ella dijo de pronto:

- ¡Qué casas tan altas!

Nada más llegar a la ciudad, y miles de escenas maravillosas empezaron a desfilar ante los ojos de la niña, que hasta ese momento solo habían visto las cosas sencillas de su pueblo. Desde el carro, Alelí miraba con asombro. No podía creer que en el mundo existieran tantos edificios, carros, gente...

Al empezar a caer la noche, apareció su miedo. No había visto la electricidad, salvo en la época de navidad. Aquí se veían las ventanas de los edificios iluminadas y en las aceras había gente con un resplandor amarillento en sus caras. El carro giró por una calle y apareció una casa que a la niña le gustó, pues estaba adornada con bombillos rojos y había varias mujeres con vestidos brillantes, aunque a Alelí le parecieron muy cortos para el frío de la ciudad. El vehículo se detuvo ante una de sus puertas, y la niña preguntó:

- ¿Qué sitio es este?

No parecía que él fuera a responderle, pero un momento después, dijo:

- Es tu nuevo hogar.

Al oír esto, se le llenaron los ojos de lágrimas y se agarró como un gato a la ventana del auto. Acto seguido, el hombre tomó a Alelí de un brazo y la arrastró al interior. Ella escuchó voces femeninas y una pequeña conmoción. Una de las mujeres se compadeció de ella, la levantó del suelo, y le dijo:

- Ven, muchachita. No te pongas tan triste. Nadie te va a comer.

Luego la miró a la cara:

- ¡Qué chica tan guapa! ¡Vas a ser la sensación del lugar!

Después la condujo por un pasillo que estaba entre dos construcciones y terminaba en un patio detrás de ambas. Semanas más tarde, se enteró de que allí llevaban a las nuevas, “mientras se acostumbran”. Hoy Alelí tiene 35 años, y ya no es la niña inocente que un día fue, vendida por su propio padre.

José Ángel Castellanos
Egresado de Comercio, Universidad de Pamplona
Pamplona, Norte de Santander



odisea de un pescador

(Poesía)

(Fragmento)

Contábame Sebastián que un día
cualquiera, del año sesenta y cinco,
con mucho anhelo y con ahínco,
salió a pescar para la comía.

Asomábase en el horizonte un nubarrón,
borrando la constelación que había,
enfureciendo el oleaje, el ventarrón,
batiendo el maderamen que crujía.

Buscando un refugio sano
a tan indeseable suceso,
con mucho frío calado hasta los huesos,
refugióse en la isla Sevillano.

Tendidos en el pedregal, inertes,
y amenazados por la gran tormenta,
de esta forma, bien nos damos cuenta,
de que el sueño es parte de la muerte.

José Dolores Montesino Miranda
Comunicador de emisora local
Pelaya, Cesar



si el río hablara

- Su nombre era Eduardo. Tenía 22 años. Acababa de cumplir los 22 años. Era de piel trigueña y bastante alto.
- Mi hijo se llamaba Carlos. Le gustaba mucho la música vallenata y le encantaba una viuda de pescao.
- Fue un 20 de junio de 1996. Viernes, para ser más exactos. Eran como las 2 de la mañana cuando se llevaron a Eduardo.
- Mientras preparaba el desayuno, llegaron a avisarme que Carlos se había ido del pueblo.
- Si este río hablara, comadre, contaría cientos de historias ocurridas en 1995, 1996...
- Hasta 1998, comadre.
- Llegaron como Pedro por su casa. De un momento a otro. Impusieron la ley del terror, la ley de las armas.
- Las armas hablaron con fuego, y caminaron libres por las calles sin que nadie pudiera hacer nada. Y entraron a nuestras casas, a la sala, hasta los cuartos, y tomaron de allí lo que les dio la gana.
- Y los desgraciados dictaron sus leyes.
- A las 8 de la noche teníamos que encerrarnos a dormir.
- Y cobraban “vacunas”.
- Cierito. Cada negocio tenía que dar el aporte a los “señores”.
- Si el río hablara, comadre, contaría que la noche que lo mataron estaba tranquilo en su negocio. Hacía poco había cerrado. Pero llegaron ellos, llegaron los “señores” y lo obligaron a abrir la puerta. A puños y patadas abrieron la puerta. Mi hijo, entre asustado y confundido, solo les dijo: “Señores, ya la cantina está cerrada. Si desean, mañana los atiendo a la hora que quieran”.
- ¿Y qué pasó después?
- Le gritaron pendejo, maricón, que ellos querían que los atendiera enseguida. Y lo obligaron a atenderlos. ¡Lo obligaron, comadre!
- ¡Bandidos!
- Mi hijo era un buen muchacho. Él no se metía con nadie. Pero aquel día, aquel día cometió el peor error de su vida.
- ¿Qué fue lo que hizo mi ahijado, comadre?

- Fue capaz de responder al insulto. Mi hijo, enfurecido, no aguantó la humillación de aquella gente, y se atrevió, como nadie lo había hecho en el pueblo, a golpear a uno de aquellos “señores”.

- ¿De verdad? ¡No puede ser!

- Sí, comadre. Mi hijo se le paró frente a frente al jefe de aquellos hombres. Se fue a los golpes con él. ¿Y sabe qué fue lo peor?

- ¿Ajá?

- Que mi hijo le ganó. Alcanzó a tirarlo por el piso.

- ¡No!

- ¡Sí, comadre! Pero con esto firmó su sentencia de muerte. Mi hijo ya debía tener la sombra de un cadáver en ese momento. Lo sacaron de la cantina como un perro, y lo subieron a la camioneta. Si el río hablara, diría que mucha gente vio cuando se lo llevaron. Mucha gente asomada por las ventanas vio cuando lo golpeaban hasta el cansancio. Pero nadie hizo nada. El terror y el temor pudieron más que el deseo.

- Era la ley del *nadie vio nada, nadie oyó nada*, comadre. Esta gente además de acabar con la paz del pueblo, además de adueñarse de él, además de ser jueces de la muerte, hicieron lo que muchos temíamos: endulzaron a nuestros jóvenes. Los ilusionaron con poder, con lujos, y los incorporaron a sus filas. Mi hijo fue uno de ellos.

- ¿Su hijo fue uno de ellos?

- Sí, comadre. Esa es la purita verdad. Mi hijo se enamoró de las armas. Se cansó de la pobreza en que vivíamos, y el día menos pensado, desapareció del pueblo.

- ¡Suéltenme! ¿A dónde me llevan? -gritó mi hijo hasta más no poder. Pero sus gritos de terror se perdieron en la madrugada oscura.

- A los jóvenes incorporados en sus filas les enseñaron a ser como ellos, a que todo el mundo les tuviera miedo. No sabe, comadre, cuanto le rogué a Dios para que mi hijo nunca se apareciera por estas tierras.

- ¡Ay comadre! Si el río hablara, podría contarles que a mi hijo lo llevaron hasta su orilla, que allí lo torturaron de la manera más cruel posible, que le arrancaron las uñas, que después de vaciar todo su cuerpo, lo tiraron al río. Si el río hablara diría, además, que en sus aguas cayeron muchos cadáveres, que muchos hijos del pueblo fueron lanzados allí...

- ...y muchas madres quedaron sin hijos. “A Carlos lo asesinaron en un combate”, eso era lo que me decían los “señores” cuando les preguntaba por él.

- Mi hijo era un muchacho bueno, que no se metía con nadie. Lleno de sueños e ideales. Alguna vez me dijo que quería ser ingeniero. Pero llegaron los “señores”. Llegaron esos malditos asesinos y le arrebataron todo. Hoy, cuando

se cumplen varios años de la muerte de Eduardo, me enteré que el asesino fue uno al que llamaban “Cuchilla”.

- ¿“Cuchilla”?

- Un desgraciado que llegó al pueblo mostrándose más salvaje que los demás, y al que todo el mundo temía. El solo hecho de escuchar su nombre, producía temor entre la gente. ¡Qué triste fue todo, comadre!

La comadre no dijo nada.

- Descansa en paz, “Cuchilla”. Descansa en paz, hijo mío -pensaba mientras se alejaba.

José Fernando López Rodríguez

Docente

Institución Educativa

José Mejía Uribe

La Gloria, Cesar



al calzoncillo

Lindo calzoncillo de colores
Que tapa mis cositas.
Me lo compró mi abuelita
Cuando estaba en Cartagenita.

Canto tres y canto cuatro
En este verso vallenato.
Los dos calzoncillos que tengo
Me los pongo a cada rato.

El otro me lo trajo mi primo Tato
Cuando estuvo en Venezuela
Porque allá, todo es más barato,
Eso me dice mi abuela.

Le dije a mi tío Juancho
Que me trajera uno de Medellín,
Que aquí todo es más caro
Que un jugador de Brasil.

José Eduardo Madrid Téllez
Alumno 10° Grado
Institución Educativa José Mejía Uribe
La Gloria, Cesar



azabache

Hacia la década de los años 80, existía un lugar inhóspito llamado Layapé, el cual se encontraba en la Serranía de Abibe. Allí, los vehículos eran solamente de tracción animal. Sí, ese era el único medio de transporte de todos los habitantes. Aquellos que vivían en mejores condiciones, poseían hermosos caballos de carga; y los que no, al menos poseían un burro. Este último era el caso de los Cabarcas, quienes contaban con una particularidad que los distinguía de las demás familias: estaba compuesta por don Plutarco, doña Rufina y sus dieciocho hijos.

Vivían en un rancho empañetado con una mezcla de estiércol de vaca y barro. El techo era de palmas secas y en su interior había una pieza con hamacas y linternas guindadas. El piso era de tierra, y había adquirido una solidez gracias al rocío de agua de ciénaga que doña Rufina, cada mañana, esparcía antes de barrerlo, y a la pisadera de todos sus hijos. En otro cuarto se encontraba el fogón hecho de barro y a su lado, debajo de un palo de mango, estaba el comedor: un tablón rectangular de madera que era sostenido en cada una de sus esquinas por unos piñones, y veinte butacos a su alrededor.

Para ir a tomar el baño, se montaban en su vehículo de carga con sus totumas para echarse agua, los estropajos para restregarse, el jabón y una escopeta que don Plutarco había conservado de su padre, asesinado en la última guerra civil. El arma era la única defensa que tenían cuando eran atacados por las fieras. Así empezaban esa larga travesía de una hora hasta llegar a la ciénaga.

De la unión entre don Plutarco y doña Rufina, nació Azabache. Por haber sido el primogénito, desde muy niño tuvo que asumir muchas responsabilidades. Él era el encargado de llevar a sus hermanos a la escuela en el carro mula, una especie de carruaje de tracción animal, vehículo que él sabiamente dirigía muy responsablemente. Cada mañana tenía que madrugar para ir a buscar al burro y traer el agua con el que su madre iba a cocinar, mientras que su padre cultivaba y recogía las cosechas de algodón, maíz, yuca y ñame.

Para Azabache eso no era nada fácil, ni mucho menos placentero. Para poder atrapar al burro, tenía que corretearlo durante varios minutos hasta que el animal se cansaba y cedía a ser amarrado. Una vez que atrapaba a la bestia, Azabache la azotaba en actitud de venganza. Luego cabalgaba un largo trayecto hasta llegar al río. Allí llenaba las canecas que eran transportadas por el animal. El camino era largo, no tanto por la distancia sino porque el burro una vez se sentía cansado, se echaba a dormir, y ni los golpes, ni mucho menos los gritos de insultos de Azabache, lo despertaban.

Uno de esos días en los que se dirigía hacia el río en busca de agua, encontró en su camino dos fieras del tamaño de una pantera: tenían cara de gato, grandes y potentes colmillos del tamaño de un dedo índice, garras, y eran de color amarillizo con pintas negras. Azabache se encontraba desprotegido, separado de ellos solamente por unos cinco metros, y acompañado por el burro. Al no

tener otra opción, empezó a huir, y de inmediato se desencadenó la persecución. En ese afán de no ser devorado, olvidó la existencia de un profundo jagüey seco que se encontraba por esa zona. El burro, al ver el vacío, frenó y Azabache salió volando por el brusco accionar, y fue a caer al profundo hueco.

Las horas transcurrieron, y al ver que no llegaba su hijo, Plutarco y uno de sus retoños empezaron la búsqueda. Un alboroto de goleros fue lo que le permitió llegar a donde había caído su hijo. Al llegar, se percató de que su único animal había sido devorado por las fieras. Al alumbrar hacia al fondo del jagüey, vio a su hijo, pero al parecer se encontraba inconsciente y con mucha sangre a su alrededor. Esperó a que el sol empezara a emitir los primeros rayos de luz, y mandó a su hijo en busca de ayuda y de cuerdas que le permitieran sacarlo de allí.

Una vez lo sacaron del hoyo, lo llevaron a su casa, y su madre empezó a colocarle en la herida de su cabeza, hojas de mata ratón machacadas. Llevarlo al puesto de salud tomaba más de tres días, y eso si contaban con la suerte de que hubiese un médico en el sitio.

Los días transcurrieron y Azabache aún no reaccionaba. Mientras tanto, la herida se le iba llenando poco a poco de gusanos. Plutarco no tuvo otra opción que coger creolina y aplicarle para matarlos. Azabache despertó después de unos cuantos días, pero ya no era el mismo. Aquella mirada radiante, se había tornado lejana y hasta bobalicona. Era un joven diferente. Siempre estaba mirando lejos, no hablaba y carecía del sentido de la orientación. Aquel hogar, antes habitado por la alegría, ahora se había convertido en uno lleno de soledad y tristeza.

José Vicente Ruiz Muñoz

Docente

Centro Pedagógico Estudiantil CENPEP

Pelaya, Cesar



pollito parrandero

Así le llaman a un simpático pollito, que con escasas plumitas cubriéndole su delicada piel, desafiaba los peligros a los que se enfrenta un pollito de tres meses de nacido, llegando a confundir los días con sus noches. Pero aunque para algunos pasara desapercibido e ignorado, él se las ingeniaba para hacerse sentir, no se sabe si por su instinto de picardía animal o por qué razón. Confundía los granos de maíz con las uñas que sobresalían de las abarcas de tres puntas (calzado de cuero que se asegura con correas sobre el empeine y el tobillo, típico de la región caribe).

La gente se encontraba en medio del bullicio que producía la banda papayera con su música guapachosa, contratada para las fiestas patronales de San Juan Bautista, Santo Patrono de los simañeros. Además, la pólvora y la algarabía, mezclada con la música de algunos equipos de sonido que se utilizaban en aquel entonces, que para dicha época era lo IN del momento, ni siquiera dejaba notar la presencia del pollito parrandero, muchos menos oír su piar debido a tanta alegría que se desbordaba hasta por los poros. No se percataban de lo que sucedía muy cerquita de sus pies. Inconscientemente, le permitían que con su diminuto pico bebiera los poquitos sorbos de Ron Caña o de cerveza que sobraban en los vasitos que por descuido caían al suelo; cosa que no desaprovechaba nuestro pollito parrandero, que como buen simañero, quería pasar sabroso unas fiestas, en temple y sin el temor de ser invitado a un succulento sancocho de gallina, esos que sólo sabían preparar las matronas de esa época, donde los ingredientes sanos y frescos eran cultivados en las fértiles tierras cercanas a la población de Simaña.

Aquellos deliciosos manjares se deleitaban bajo un sombrío palo de mango, ubicado en el patio de cada hogar, porque patio de una casa en Simaña que no tenga como mínimo un palo de mango de hilaza, es para pensarlo. En aquellos famosos sacochos, hechos en fogón de leña de puro peralejo, cortado en las hermosas sabanas simañeras, se utilizaba, además de las gallinas criollas, plátano, ahuyama, ñame y otros ingredientes, junto con la sazón de las expertas del sabor, las abuelitas.

Así que aquel tierno y picaresco animalito no tenía que preocuparse de 'pasar un sofoco' siendo correteado para ponerlo a dar vueltas en una olla de agua hirviendo. Por ahora podía seguir, como todo parrandero que se respete, bebiendo ron, y para remate, gorreado. Eso sí, pendiente de algún borrachito recogiendo pollos o de los que cuando escuchan a un pollito decir tío, tío, tío, en vez de pio, pio, pio -porque de la chapetera no entienden bien-, entoces lo recogen, se lo echan a un bolsillo, y le dicen "vamos para la casa, ¡hip!, sobrinito".

Juan Porras Garcia
Controlador de acceso
Grupo Empresarial Hacienda La Gloria

la garza

Una garza feliz cruzaba un día
Por la inmensa frescura del follaje,
Luciendo su bellissimo plumaje,
Como si fuese de jazmín y nieve.
Qué seguro y terrible el negro lazo
Que dio fin a la garza encantadora
Que pensándose vivir en luz de aurora
La mataron los rayos del ocaso.

Kamila Andrea Fuentes Pájaro
Alumna Grado 9
Institución Educativa José Mejía Uribe
La Gloria, Cesar



el falso espanto

Pasaba por la calle oscura,
En una noche sin luceros.
Iba con tanta premura,
Que acordarme de eso, no quiero.

En ese instante, sentí un poco de frío,
Las piernas me temblaban,
Y rápido palpitaba
El corazón mío.

En esa calle salía un espanto,
Un espanto que asustaba.
Yo pasaba de tanto en tanto
Y no me pasaba nada.

Solo ese día sentí temor:
Presenció el espanto,
Pude confirmar el rumor
Del que la gente tanto hablaba.

Quise ser valiente,
Y volví a pasar.
Eran rumores de la gente,
Eso quise pensar.

Volví una noche estrellada,
Clara como el día.
El espanto no era nada,
Era una manta tendía.

Leybis Fidel Arévalo

Docente

Centro Educativo Cinco de Febrero. Sede Galilea

Pelaya, Cesar



tarde trágica

Luego de una larga jornada de trabajo en el campo, Ñaño se sienta a descansar en su taburete, en pantaloneta, descamisado y descalzo, como de costumbre. Mientras tanto, Naty, su compañera, una morena alta y robusta, de paso lento por su edad avanzada, se acerca a él y le pasa una totuma de guarapo y regresa a la cocina. Luego sale con un balde para dar de comer a los marranos. Ñaño, tranquilo y desprevenido, contempla el atardecer. El ambiente es silencioso y tenso, como si quisiera decirle algo. De pronto siente que un escalofrío trasmina su cuerpo y quiere levantarse de inmediato, pero sus piernas no le responden. Lo intenta una y otra vez, pero es inútil. Desesperado, llama a su compañera, sin obtener respuesta. “Algo anda mal”, dice Ñaño. Intenta nuevamente levantarse, y esta vez lo logra. Con pasos lentos, aunque seguros, la busca por toda la casa y, al no encontrarla, se dirige a la cochera, que está en el otro extremo. No más llegar, queda impávido ante la escena que tiene frente a él. Con las manos temblorosas, se coge la cabeza, pues no puede creer lo que ven sus ojos.

Reacciona con pasos inseguros y, casi trastabillando, retrocede, mientras con la mirada busca desesperado un garrote. Al encontrarlo, lo agarra casi con vehemencia y rápidamente se dirige a la cochera y ¡troj!, le da tremendo golpe a Pepe, el corpulento cerdo blanco que con sus enormes colmillos se devora sanguinariamente el cuerpo indefenso de Naty, tirado en medio de un pozo de sangre, todo desgarrado, las vísceras y los miembros regados por toda la cochera.

El animal lanza un chillido de ultratumba y de inmediato rueda por el suelo. Cegado por la ira y el dolor, Ñaño golpea al animal hasta matarlo. Luego levanta desesperado el cuerpo destrozado de Naty y lo lleva hasta la casa. Dando gritos de dolor, como fiera herida, alerta a sus vecinos, que acuden de inmediato y dan aviso a las autoridades de lo sucedido. Al llegar al lugar, encuentran a Ñaño recostado en la pared, junto a un mesón donde ha puesto los restos del cuerpo de su compañera, con la mirada perdida y sumido en un profundo letargo. Minutos más tarde, mientras las autoridades hacen la inspección del lugar, Ñaño se deja escurrir y cae fulminado. Su corazón no puede resistir tanto dolor.

Nelys María Lozano
Docente
Institución Educativa Nuestra Señora del Carmen
La Mata, Cesar



el acantilado

Llegó al final de la pendiente, y cruzó el puente colgante. Todavía acezante, desabrochó el arnés, revisó que las cuerdas y el cordón del parapente no estuvieran enredados, pues antes de lanzarse no tuvo tiempo para hacerlo. Escondió todo entre la maleza. La porra, cuyo peso lo había asfixiado durante el escarpado camino, le sirvió para reventar los lazos colgantes del puente para que este cayera de ese lado del abismo. Esperó hasta que se le disipó el ahogo, y volvió a andar. Al cruzar el último reviro, antes de la solitaria casa rodeada de acantilados, midió la distancia con un golpe de vista. Ellos habrían escuchado los golpes de la porra y lo estarían observando desde la ventana o desde la terraza, y seguirían, alarmados, su paso lento sobre el camino empedrado. Estaba seguro de que ninguno de los tres tenía la puntería y el valor para sorprenderlo, para hacerlo caer al acantilado de un balazo. Escuchó su propia voz enronquecida diciendo:

- Los cobardes se esconden entre paredes.

Entre el olor del mar y el aroma de las frutas, rozó unas ramas con la pistola. Bordeó el acantilado. Sólo se detuvo para encender un cigarrillo, seguro de que a ellos los inquietaría ese gesto de indiferencia y arrogancia. A él sólo le importaba la respuesta que le estaban debiendo.

Recorrió la corta planicie. Observó el mar y el espaldar de la casa, medio oculto entre los arbustos y la maleza. Imaginó a los dos hombres ideando la huida. A ella la imaginó llorando. Sabía que cuando escucharan el crepitar de sus pasos sobre las ramas secas, la llevarían afuera, tomada de sus manos, con la incierta esperanza de escapar. Sería inútil. Correrían desesperados sobre el pasto y el cascajo buscando el único camino de salida: el puente colgante que él había reventado. Anticipó la desesperación que sentirían al encontrarlo cortado como un brazo inútil, desgonzado sobre el abismo, y el saberse acorralados. Él les llegaría por la espalda, con una sonrisa. Preguntaría. Primero a ellos, que se mirarían en silencio. Luego le buscaría los ojos a ella, sus ojos grandes y asustados. Aunque ya no fuera la misma muchacha silenciosa, esos ojos aterrados mirarían al suelo, y después a él. Entonces él le haría la misma pregunta que le hizo hace cinco años atrás, pero ahora desde más cerca para poder ver el temblor de sus labios, la miseria de su desesperanza. Ella no contestaría nada. Para perturbar su silencio, dispararía a los pies de los hombres. Gritarían y ella por fin le respondería. Habían pasado cinco años antes de encontrarlos, y le pareció mucho tiempo. Suficientes como para que murieran millones, para que desaparecieran estrellas, para que cambiaran las corrientes de los mares. Él también había cambiado. Lo único que permanecía igual era su pregunta.

El previsto crujir de la puerta y el ruido de los pasos, lo devolvieron a su cacería. Escuchó un sonido seco sobre el cascajo y luego un grito. Los pasos reiniciaron su carrera en dirección al puente. Él caminó tranquilo, con la pistola apuntando al ombligo del horizonte, con la certeza del final. Tuvo tiempo para recordar algunos destellos de la búsqueda: los países recorridos, las decepciones, las

pistas -aisladas por los meses y los años- que fueron conectando poco a poco el rastro incierto. Al final, lo alcanzó la fugaz imagen del hotel donde pasó la noche anterior, y el viejo que le dio las últimas señas.

Tenía tiempo, pero prefirió correr, adelantar el fin. Atravesó el empedrado. En la primera revuelta del camino, rozó una roca de costras blancas y tropezó con un fardo imprevisto. En su caída sintió el fastidio de lo inesperado, de lo indefinido. Eran ellos. Miró a los hombres que tan bien conoció en otro tiempo: sus ojos desamparados, su palidez, los pechos afanosos, angustiados, las gargantas abiertas y sangrantes. No habrían podido contestar aunque quisieran. En silencio, sin lástima, los vio morir. Caminó con desesperanza hasta el puente inservible. La buscó. No había nadie. Rebuscó el parapente entre la maleza, pero no se sorprendió que no estuviera. Supo que ya no habría respuesta, ni regreso.

Asomado al abismo del acantilado, siguió el vuelo del parapente hasta que se posó en la playa. Se supo atrapado en una inútil búsqueda, en una tarde, en una roca frente al mar, junto a dos muertos que aun odiaba. Cinco años habían cambiado todo. También la habían cambiado a ella. La imaginó con la navaja oculta en la mano, esperando un momento de distracción para cortar sus cuellos, para callarlos definitivamente. Quiso entender, y no pudo. Se preguntó cómo sería ella ahora. Intentó imaginar su sonrisa luego de avistar la existencia del parapente, su risa al lanzarse al vacío, sus ojos decididos. No alcanzó a inventarle una nueva cara. El viento y el rebullir del oleaje, espantaron esa imagen.

Se acercó al borde de la roca, y empujó al vacío una piedra pequeña. La vio caer mientras su cuerpo se cargaba del cansancio de cinco años perdidos. Entre el viento, que seguía oliendo a mar y a frutas, apretó los puños, y con los ojos entrecerrados, recorrió el inestable color de las nubes que anunciaban la proximidad del anochecer. Abajo, a un salto de distancia, el brusco e incansable mar estallaba en espuma contra las rocas negras, eternas, indiferentes.

Norwell Calderón Rojas

Escritor invitado

Abogado, novelista, poeta, cuentista y conferencista
Bucaramanga, Norte de Santander



salomé

La planta de hielo era la nevera de todos aquellos quienes vivíamos por esos lados del arrabal en aquella mediana ciudad, El Banco. No sé por qué estaba ahí, pero ahí estaba. Apolonia, creo que así se llamaba, era la dueña de la casa. El Cesar se veía como una vacilante línea plateada. Abandonada dulcemente entre aquellas llanuras verdes y un inmenso espejo con incrustaciones esmeralda, estaba la ciénaga de Zapatos. Al fondo, como ensimismada con ese mar de agua dulce, la impetuosa, pero lejana, Serranía del Perijá. Desde allí todo se podía observar. Se podía disfrutar de tanta belleza, de tanta riqueza visual. En contraste estaba El Mirador, a pesar de la atractiva panorámica natural. La observación del paisaje daba reposo, sosiego, un aire de como que no existiera angustia. En cambio El Mirador, el arrabal, era un nicho de pobreza y desesperanza. El barrio se llamaba La Planta. Así se le conocía.

Por esas cosas que el destino tiene, mi tía -una de las tías mamá que tuve en mi crianza- resultó ser muy amiga de Salomé. Pero mucho más amiga de él, fue Rosalba: era su gran amiga, su hija, su guisandera. Una colaboradora incondicional. Un día, él se enterró una aguja más grande que un lápiz B2 en el antebrazo por toda la vena. Hermes me dijo:

- Él es brujo.

Entonces comprendí lo de la tierra del cementerio. Allá en mi pueblo de casas blancas y techos de zinc oxidado, un día cualquiera, mi hermano adoptivo, primo de sangre en primer grado, me convidó a que fuéramos a comprar una tierra en el cementerio. Le pregunté que de quién era, y él me respondió:

- Es de Salomé, y por ella me dio diez centavos. Si viene conmigo, la partimo'.

Era menudo, manco, con una herida perpetua en una de sus piernas. Los 'amansalocos' eran sus camisas predilectas. Una mochila guajira que se veía mugrienta, siempre lo acompañaba. Se llamaba Iralda, así le decía. Le escuché decir a alguien que en ella cargaba unos muñecos negros y parecía hablar con ellos. Cuando lo hacía, a uno de ellos le decía negro Felipe. A veces, a otro de los que tenía dentro de Iralda, le decía Keko. Pero la gracia de los muñecos era que estos hablaban, tomaban, se desdoblaban y hasta cambiaban el rumbo de las vidas de quienes se interesaban por ellos. Sin embargo, eso tenía un precio. Un precio complicado y casi traumático. A pesar de tanta miseria y ausencia de poder decisivo para cambiar la suerte del colectivo y del individuo del lugar, y siendo esta una oportunidad para hacerlo, eran muy pocas las personas que acudían a Salomé para estos menesteres. Siempre escuché que era el rey para salar a las personas en sus bienes y amores; en sus casas, sus destinos y negocios. Hasta la ruina y extinción de sus vidas mismas, eran arte de Salomé.

Un perro de agua, siempre con él andaba. Nunca se alejaba de su lado. Lo había traído de la Tigrera. Estos animalitos eran extraños, como extraño era Salomé. Después de las 9 pm, cuando las lámparas Apolo 8 y las linternas de vidrios

alimentadas con kerosene y acepeme se apagaban, salía Salomé. Pero había algo que ni el más animoso del río podía pensar sin estremecerse. Ni mi tío Miguel Balletero. Y es que cuando Salomé salía, así estuviese el cielo repleto de estrellas, así el boyero estuviera más resplandeciente que nunca, la noche se volvía oscura, de un oscuro espeso.

Los perros aullaban como locos, echaos. No eran capaces de seguir al "Manco", como algunos le decían. No lo patrullaban. Sería por miedo a tanta oscuridad o por miedo al brujo.

Esa noche, Rosalba lloraba amargamente. Ninguno de los que estábamos con ella entendíamos su llanto. Entonces Lucho se le acercó y le preguntó que por qué lloraba. Ella, con los ojos abnegados en llanto, le respondió:

- Salomé se está muriendo.

El viejo brujo ya estaba alcanzando los 88 años. Se había refugiado en San Bernardo. Allí conoció a una muchacha con menos de 18, y con sus artes se la llevó hasta muy cerca de la Tigra, en la espesura de aquellos humedales. Su idilio no aguantó el año. Su edad, la juventud de aquella joven muchacha, su herida perpetua, lo obligaron a dejarla ir. Entonces él se sumergió en un lamentable mal de amor que lo absorbió brutalmente. Un pariente lejano supo de su postración por boca de los pescadores, que por aquellas claraboyas de la profunda Tigra, pescaban. Con la ayuda de otras personas, penetraron aquel vasto espejo de claros, y lo encontraron. Vivía en un zarzo en medio de la maraña húmeda de aquel inmisericorde pantano. Su estado era deplorable.

Esa noche, Salomé comenzó su camino de retiro total de ese mundo, su mundo. En su deambular y en su visión moribunda, dio rienda suelta a una serie de apariciones: veía a todas aquellas personas a quienes les había hecho el mal. Pero esas visiones eran circunstanciales: de las personas que se desvelaban, algunas estaban muertas. A estas las veía flotando y nunca le mostraban el rostro. A otras, veía haciendo sus quehaceres en casa o en otro sitio entre los vivos. Parecía como si fuera él quien estaba caminando, deambulando. Volvió en sí y se dio cuenta que estaba en un catre de cuero de vaca. Había dos o tres personas sentadas distantes de él. Volvió a entrar en esa especie de letargo, de estado de coma, y comenzó a volar, a deambular. Entonces llegó donde Rosalba. Estaba dormida. Le rozó la mejilla y le dijo:

- Chava, me estoy muriendo.

Una tristeza reposada lo invadió. Descubrió entonces que ella había sido el único ser a quien le había tomado un cariño limpio y profundo, de manera desinteresada, como a una hija. Y sintió, en esa despedida mortal, que era ella la única persona de este mundo quien lo había querido con entrañable profundidad. Su cuerpo lo vio allá, en el catre, menudo, con las mejillas pálidas y hundidas. Entonces se dijo:

- ¡Cómo he quedado!

En boca de Salomé, nunca se escuchó una palabra hacia Dios, ni a nadie cercano a Dios. Ni una sola palabra religiosa. Miró todo el espacio del cuarto en donde estaba. No había nadie. Pero sintió en todo el espacio, desde las palmas del techo pasando por las paredes, umbrales, vigas, hasta el suelo, la presencia de algo vasto y oscuro como un gran manto negro. Algo lo sobrecogió, pero pareció resignarse. Esa presencia, apenas perceptible a un dotado ojo humano, le expelió:

- Vine por ti. Aquí se cierra el pacto.

Rosalba dejó de llorar y habló:

- Su abuelo, Salomé, se está muriendo. Como sea nos vamos pa' San Bernardo.

Mirándome, remató diciendo:

- Vamos, mijo.

San Bernardo quedaba a orillas de la ciénaga de la Tigrera, tierra de pescadores, de brujos, de brujas, y de muchas cosas más. Llegamos a eso de la una de la tarde. Salomé aún estaba con vida, lo que disipó un poquito la congoja de Rosalba. Tenía los ojos apagados y vidriosos. La miró con una tristeza inconmensurable, y luego le dijo con voz débil:

- Chava, me duele irme por ti y por esos pelaos que son como mis nietos. En especial, Hermes -prosiguió diciendo-. Decile a Andrés, a Hernán, a Aura a todos los que les hice daño, a los que salé, que me perdonen. Yo no le puedo pedir perdón a Dios. Que lo hagan por mí.

Sus ojos quedaron fijos, pero su abdomen enflaquecido mostraba señales de una respiración muy débil. Repentinamente, una agitación desesperada sacudió su pecho. De él salió un ronquido infrahumano, desasosegado, que llenó el espacio. Luego lanzó un gemido seco, profundo, y toda esa agitación desmembrada, se paralizó. Un silencio sepulcral absorbió el recinto y sus alrededores cercanos, que fue roto por un llanto trépido, inmensamente triste. Era Rosalba. Era un llanto impotente cargado de cuánto lo había amado y cuánto le haría falta. Así estuviese como estuviese. Así fuese como había sido.

Una brisa fuerte, intempestiva, comenzó a abrazar el lugar. Las personas que estaban fuera de la casa se extrañaron de este fenómeno tan imprevisto, más aún por la fuerza con que se presentó. Esa situación dio paso al temor colectivo. En el interior de la habitación en donde yacía el cuerpo de Salomé, un remolino de viento y una sombra casi perceptible en sus entrañas, hizo presencia de manera inesperada. Rosalba, en su infinito dolor y aferrada al frágil cuerpo del viejo brujo, no lo notó al momento. Poco después de serenarse e iniciar el largo y pedregoso camino de la resignación, se dio cuenta. Entonces, entre sorprendida y temerosa, exclamó:

- ¿Esto qué es, Ave María purísima?

Inexplicablemente, el remolino y las manchas de oscuridad, tanto las del torbellino como las de las paredes, desaparecieron. Toda la noche el cuerpo

de Salomé estuvo solo. Únicamente Rosalba acudía a cambiar las velas ya desparramadas por otras nuevas. El temor se sentía entre quienes ahí estábamos.

A eso de las 3:30 pm o un poco más tardesito, la mujer del barrio, la de la planta de hielo, decidió, junto con unos allegados lejanos, darle sepultura. El cortejo salió solemne hacia el cementerio evitando pasar por cualquier iglesia, fuera cual fuera la corriente religiosa. Así lo había sentenciado el brujo en lo poco que habló con la morena mujer de cabellos largos azabache. Ella lo comprendió, así como sus allegados lejanos. La muchedumbre densa, a pesar de las circunstancias, seguía el cajón de negro cenizo, rezando entrecortado, interrumpido sesgadamente por el llanto reprimido o desbordado de Rosalba.

A pocos metros de la llegada al cementerio, una rara brisa comenzó a soplar otra vez. Unos nubarrones de negrura poco vista, aparecieron por la línea de la serranía que están por los lados de Pailitas. Todo se oscureció. Parecía que fueran las 8 pm de una época de tormenta. La gente se confundió de tal manera, que salió despavorida lanzando gritos cargados de religiosidad y conjuros contra el diablo. Hasta los que iban cargando el ataúd, lo dejaron caer. Salieron a la velocidad que los pies les daban para correr y se alejaron lo más lejos posible de aquel sitio. Solo Rosalba y nosotros nos quedamos, a pesar de todo. El miedo carcomía nuestros huesos. Se escucharon en el aire como unas voces profundas y graves hablando en monosílabos alrededor de nosotros, que estábamos al lado del cuerpo de Salomé. Estábamos atortolados, acorralados. Ellas giraban. Así como aparecieron, así comenzaron a disiparse. Se fueron los nubarrones, las voces tétricas y el silencio y la calma asomaron en el lugar. El canto de un gallo de Semana Santa se escuchó. Las personas que habían huido horrorizadas por aquel evento misterioso, regresaron. Pero se les veía una determinación en sus miradas: si era necesario volver a correr, lo harían. De ellas, cuatro hombres rodearon el ataúd y lo levantaron. Pero sorpresivamente, con la misma fuerza con que lo levantaron, lo volvieron a dejar caer. Uno de ellos dijo:

- Ese cajón no pesa na'.

La gente volvió a correr. Pero nuestros gritos, y en especial los de Rosalba, quien pedía que no se fueran, que no nos dejaran solos, hizo que un grupo considerable de personas regresara como burro que luego que el tigre lo espanta, vuelve a mirar a ver qué fue lo que lo espantó. Entre temerosos y desconcertados, los mismos hombres que habían dejado caer el féretro donde reposaba en su sueño eterno el brujo, obedecieron la súplica de Rosalba, quien les pidió que abrieran el cajón. Lo desclavaron y al abrirlo la sorpresa fue mayor: el cuerpo de Salomé no estaba. El cajón estaba vacío. Rosalba sacudió y volteó el ataúd buscando el cuerpo. Entonces la voz de un hombre que tenía un manto negro en los hombros, que no se había visto ni en el día ni en la noche ni nunca en San Bernardo, dijo:

- No insistas, Rosalba. Al Salomé se lo llevó el diablo.

Pedro Celestino Vides Herrera

Docente

Institución Educativa Técnico Agropecuaria Héctor M. Vides B.

Regidor, Bolívar

a veces

A veces
A solas,
No sé con quién,
No lo sé,
Si conmigo mismo
O con mi soledad,
Con tu amor perdido,
Con mi bendita vanidad,
Con el sabor dulce de mi
Conciencia,
Con el amargo trago de la
Indiferencia.
A veces
A solas
Me pongo a soñar.
A veces
Contigo
Me quiero escapar
A un mundo perfecto
Sin ninguna falsedad
Y llegar bien directo
A mi universo ideal.

Víctor Raúl Venecia Charry
"El Azulejo"
Costilla, Cesar



arrugas del alma

Una y otra vez, me he mirado en el espejo
Para contemplar mi cuerpo.
¿Será que ya estoy viejo?
¿Qué vendrá después de muerto?

El espejo nunca miente
Para mí, que no es perfecto.
Si tengo marcada la frente
Con arrugas imborrables
Es porque he vivido el tiempo
Con alegrías y pesares.

¿Qué sabe ese aparatejo
De lo que llevo por dentro?
¿De unas arrugas invisibles
Pero que pesan muchísimo?
Esas que han hecho posible
Mantener la ilusión de niño.

¡Son la arrugas del alma
Qué yo quisiera mostrar,
Y ni la avanzada ciencia
Me las puede quitar!
¡Aunque tampoco dejaría
Porque son huellas de experiencias!

¡Qué la vanidad vuele al carajo!
Yo lo haré en mi pensamiento.
Hice parte del pasado
¡Y hago parte del momento!

Víctor Raúl Venecia Charry
“El azulejo”
Costilla, Cesar



tradiciones de mi pueblo

(Paseo)

Nací en un pueblecito que se llama Caimital,
No lo puedo negar, si allá fue donde nací.
Pueblecito mío, no te puedo olvidar,
Si toda mi familia la tengo ahí.

Recuerdo aquellos tiempos cuando yo estaba niño,
Jugaba con mis amigos, trompo y bola de cristal.
También recuerdo el corral de los Sajonero
Del finado Orlando y Santiago, su papá.
De tarde y de madrugada bramaban los terneros,
Se escuchaban los vaqueros cuando iban a ordeñar.
Todas esas cosas, yo las viví en mi pueblo,
Hoy me lleno de nostalgia, cuando empiezo a recordar.

Para el mes de diciembre hacían bailes con tamboras.
Bechongo se deleitaba tocando su tambor.
Recuerdo que mi abuelita, ella cantaba y bailaba,
Y ya tenía la cabeza como mota de algodón.
Los hombres y las mujeres pescaban en las playas,
Arreglaban los pescados, y se alumbraban con mechón.
Hoy de aquellas cosas ya no ha quedado nada,
Porque hasta el brazuelo, señores, se perdió.

Mi tía anidaba las abejas, cargaba barro en los calabazos,
Y cajas de madera en el mes de abril.
Entonces las sacaba y también llenaba varias botellas de miel.
En aquel tiempo el queso lo amasaban y también sacaban
El suero atolla buey.
Al recordar aquellos tiempos, se me entristece el alma
Y de sentientes, me dan ganas de llorar.
Para las fiestas patronales, había carrera de caballos,
También había partidos de futbol, entre Rio Viejo y Caimital.

Roberto Flórez Bret
Cantautor
Rio Viejo, Bolívar

mis años de capo

Durante toda mi vida estudiantil, hubo un tiempo el cual recuerdo mucho. Por esos días era llamado por mis compañeros de grupos 'El Capo', debido a que en esa época era el cabecilla del cartel de los lapiceros. Claro que ahora me siento muy avergonzado por lo que hice.

Cómo olvidar esos momentos cuando con mi primo Cristian Armando Chiquillo, junto a Gustavo Reyes, nos metíamos a los salones de otros grados a robar lapiceros para venderlos a los otros compañeros del colegio.

Por otro lado, en mi salón teníamos una banda donde estaban mis cómplices: Ludonel Triana, Yanick y Gian Carlos Nieto Reyes. Con ellos canjeábamos los lapiceros con los alumnos de otros cursos para despistarlos.

Cierto día, llegó un joven llamado Eider Romero -conocido como 'Chide'-, y me propuso que siguiéramos llevando a cabo el delito. Él comenzó a pasarme los esferos de su grupo, y los muchachos de otros cursos también me los entregaban; yo me encargaba de cambiarlos para no causar sospechas entre los profesores. Hasta que llegó el día en el cual decidí cambiar y enderezar mi camino hacia el bien.

Después de relatar estos hechos, continúo con 'Los Joses'. Este era un grupo de jóvenes que trataron de dar el golpe más grande en el hurto de lapiceros al querer robarle a uno de los estudiantes, de buenas condiciones económicas, llamado Jesús Manuel Rueda. Era una cartuchera que estaba avaluada entre setenta a ochenta mil pesos; 'Los Joses', por su ambición de tener plata, decidieron contarle a un señor llamado Adolfo Morato, conocido como 'Tele'. Al día siguiente, 'Tele' llegó a la Institución Educativa San Juan Bautista pidiendo una recompensa de diez mil pesos a Jesús Manuel Rueda. Pero el profesor Edwin Duque se enteró de la pérdida de la cartuchera y comenzó a investigar hasta llegar al señor 'Tele'. Los útiles escolares y la cartuchera, fueron recuperados.

Actualmente soy el personero estudiantil de mi Institución Educativa. Invito a todos los niños, niñas, adolescentes y jóvenes que lean mi historia, que no caigan en ese rol de ladrón de útiles escolares porque siempre serán tildados como ladrones. Hoy en día, me siento muy orgulloso de representar a mis compañeros de colegio, a mi plantel, a mi tierra simañera y a mi bello municipio gloriero en la capital mundial del vallenato: Valledupar. Gracias a ello, he podido adquirir un mayor grado de madurez en la vida.

Sergio Camilo Vilardi Chiquillo
Alumno Grado 11
Institución San Juan Bautista
Simaña, Cesar

¿cuál paz?

Como de costumbre, cuando llego a la ciudad, me dispongo a tomar el transporte. Tomo mi bolso, mi carpeta y mis lentes. Me dirijo hacia el centro: cruzo La Cordialidad y paro una buseta. Pero esta en nada se parece a las de algunos años atrás, pues aquellas tenían aire acondicionado. Para completar, el tumulto y el calor tan intenso -propio de esta época de veranillo-, hacen que me sienta como si me transportara en un bus de la década de los ochenta. Apenas tengo la oportunidad, tomo una silla junto a la ventana. Pocos minutos después, cuando el deteriorado vehículo se detiene por la irrestricta señal del aparato regulador del tránsito, percibo la primera escena propia de la cotidianidad que refleja la triste realidad de un país, que día a día y casi agónico, reclama lo que todos anhelamos: paz.

Un vendedor, de a pie, con el rostro sudoroso y reluciente por la luz del sol, grita fervoroso:

- Agua para el calor, agua para las damas, agua, gua, gua, gua -pregón que se pierde por el desplazamiento del vehículo.

Embelesado, cuento las moles de cemento, vidrio y metales de aspecto polvoriento y semi destruido que son la evidencia de que sólo sirven de casetas de refugio de los dueños de la calle en su vivir nocturno, y no las estructuras de lo que algunos llaman estaciones de Trans Caribe. Pasados unos minutos, y en medio del lento transcurrir, sudando y sudando, llega la tercera escena. Afuera escucho:

- Agua, agua, agua, agua.

Desde el estribo delantero, otro vendedor dice:

- Damas y caballeros: ustedes me van a disculpar que les quite un minuto de su precioso tiempo, pero este es mi trabajo. Tengo una familia que mantener y con esto no le estoy haciendo daño a nadie. Solo busco ganarme, humildemente, mi sustento diario. Les quiero ofrecer un ungüento preparado a base de coca, marihuana y árnica, excelente para los dolores y el reumatismo. Por el día de hoy, uno les vale dos mil quinientos, y dos les valen cinco mil. Tómenlo, sin compromiso. Les repito: yo no los quiero incomodar, pero si a usted le gusta, uno le vale dos mil quinientos y dos, cinco mil. Dios los bendiga. No es compromiso que lo compren. Solo les pido que me colaboren para subsistir. Por aquí con la señora... la joven... el caballero... usted, mi amor. Gracias, disculpen la molestia. Que Dios los acompañe y los lleve con bien.

Terminado este episodio, por la puerta trasera, con acento paisa, llega una voz entrecortada por el agite de tanto caminar, subir y bajar, y por el desgaste que produce el inmenso calor:

- Señoras y señores -tragando saliva por la sequedad-. Damas, caballeros y niños: yo no les quiero interrumpir, pero regálenme un minuto de su precioso

tiempo. Solo los vengo a divertir. Soy un cantante urbano que me sostengo con lo que ustedes, humildemente, me quieran contribuir, y por eso les canto. Y dice así -con música reguetonera de fondo-: *Para la morena hermosa, que no me quiere mirar, solo le pido, en esta ocasión, que me colabore con un billetico de dos mil; para la señora, que me está mirando, que no me mire así, porque solo les canto para hacerlos divertir. Al mono de allá adelante, que está sudando por el calor, con su cachucha tan bacana, también con una monedita, me va a contribuir. Al señor que está mirando por la ventana, que no me abandone así, solo me estoy ganando mi diario subsistir. Gracias, chofe, por permitirme trabajar, porque con este canto, no tengo que robar. Ahora, las moneditas, voy a recibir.*

Qué desespero el lento transcurrir. Y en seguida, sube otro con su pregón:

- Señoras y señores: en el día de hoy les vengo a ofrecer una pomada que está de moda para aliviar los dolores. Está hecha a base de marihuana, coca y árnica, y es excelente para los dolores y el reumatismo. En el día de hoy lleve dos por el precio de una; solo cinco mil pesitos. Aproveche la promoción. Pueden mirarla sin compromiso.

Y luego trata de subir un último personaje intentando vender agua, pero no lo logra pues el pasillo está atestado de pasajeros que se han subido en el sector de Bazaruto. Es común ver esta escena, pues hay una gran cantidad de familias que intentan tomar el transporte con sus mercados.

Luego de este interminable recorrido, ya en el centro, me bajo. Me enredo un poco al cruzar la avenida frente a la India Catalina, por la costumbre pueblerina. Llego, entonces, al Parque Centenario. Sentado a un costado de la fuente, muy entretenido y admirado por la tranquilidad del lugar, una preocupación perturba mi quietud, pero logro abandonarla por la perspectiva que brinda, a propios y extraños, el paisaje del sector colonial. Allí, en una de las bancas, debajo de un campano, con la mirada repartida hacia todos los lados, contemplo a un joven aficionado al deporte haciendo malabares con su esférico elemento que desliza de un lado al otro de su cuerpo, y luego hace girar en su cabeza como un trompo; a los jóvenes policías, con su bolillo, cumpliendo con su mandamiento; a una pareja grabando todos sus sucesos; a la gringa con su muchachito que le hace toda clase de halagos y terminan envueltos en una escena romántica; a otro joven, de físico muy apuesto, cuya delicadeza con la cual consume un salpicón de frutas, lo define en su inclinación sexual. En seguida, como destino providencial, caen en mi brazo izquierdo unas góticas, que al observarlas minuciosamente, concluyo que no son de agua. Inmediatamente, a escasos dos metros, caen unos pedazos de masas como si fueran porciones de enyucado crudo, por lo que giro mi cabeza hacia atrás y divisó una iguana. Situación que me hace abandonar el escenario.

Cruzo la Avenida Venezuela, con el Centro de Convenciones a mi izquierda. Llego a La Torre del Reloj y cruzo hacia La Plaza de los Coches. Continúo hacia El Portal de los Dulces, y ante tantas delicias -merengues, cocadas, bocadillo de maduro, galletas de leche, delicados de arroz, diabolillos, entre otros más-, con un caballito de ángel y un pandero, me decido deleitar. A continuación, debido

a la resequedad de mi garganta y al sofocante calor, entro a una panadería por una bolsa de agua. Prosigo hasta la Plaza de Bolívar con su impetuosa estatua del libertador. Le tomo la foto al viejo cañón, y por esa esquina del parque, me dirijo hacia el frente de la Biblioteca Bartolomé Calvo. Entre las hermosas calles de casas coloniales, llego a un paradero de la Avenida Santander. Allí, en el carril que bordea el mar, en menos de nada, me obligo a contener una necesidad. Me arrimo, de pie, a un costado del kiosco, y aprovechando la facilidad que la condición física de mi cuerpo me da, procedo. En ese mismo instante, un reposado mototaxista me replica desde su moto:

- ¡Epa!

Inmediatamente hace que, terminada mi irreverente actitud ciudadana, me dirija un poco más adelante y llegue a la siguiente caseta del paradero. Pero por cosas del destino o simple casualidad, entro y veo a mi derecha, un rostro en blanco y negro en la valla publicitaria del lugar con la imagen del personaje más ilustre que la literatura colombiana haya tenido en los últimos tiempos, con un enunciado cuyo texto de memoria me pude aprender.

Tomo la buseta de regreso para llegar hasta la Terminal de Transporte, y poder comprar el pasaje con debida anticipación, como siempre lo hago. Por ese lado de la ruta, se observa una panorámica con vista al mar y el paisaje pintoresco que ofrece el trayecto hacia Bocagrande. Entre mirada y mirada a los edificios del elegante sector, me doy cuenta que sólo tengo cincuenta y siete mil pesos en el bolsillo. No me alcanza para llegar a mi destino final; pero resuelvo la situación con una llamada.

La buseta gira pasando por el frente del emblemático Hotel Caribe, luego bordea la Escuela Naval Almirante Padilla, y viendo las imágenes de los héroes de la patria, llega a mi memoria la misma inquietud que momentos atrás había abandonado: ¿será que la dejación de los objetos metálicos y la desmovilización llevarán al logro de la paz? Los colombianos vivimos inmersos en un sin número de actividades ilícitas, producto de la corrupción y la ineficiencia del aparato del estado, que generan un sin número de problemáticas sociales. Roguemos a Dios, y desde nuestro interior, expresemos lo que cada uno tenga guardado para lograr la paz.

Respirando profundo, como en señal del deber cumplido, recuerdo el mensaje del paradero, y mentalmente leo esa sección de herencia literaria que nuestro más grande artífice de las letras nos pudo dejar: “Me siento extranjero en todas partes, menos en el Caribe”.

Vladimir Ditta Moratto

Docente

Institución Educativa Técnica Agropecuaria Héctor Manuel Vides Ballesteros sede bachillerato

Regidor, Bolívar

matacuras

Sentados en viejos taburetes, a la sombra del frondoso naranjuelo del frente de la casa, acompañados por ese silencio marcado característico de los pequeños pueblos después de medio día y algo sofocados por el calor que hacía aquella tarde de intenso verano, luego de haber intercambiado muchas anécdotas que papá solía contar, le pregunté por qué le causaba tanto disgusto escuchar que a alguno de nosotros nos dijeran “rioviejero matacuras”. A lo cual me respondió, con su tono firme, aunque algo cansado, por su marcada edad, empuñando la navaja que acostumbraba tener para cortarse, según él, los gavilanes, que así llamaba los callos que le salían al costado de los dedos, a la altura de las uñas:

- Resulta que en el año 1948, cuando mataron a Gaitán, en Río Viejo solo tenían radio la clase pudiente y la casa parroquial. Al enterarse de la noticia, los sacerdotes -pues había tres curas en el pueblo, de apellidos Melo, Gómez y Múnera, y este último se encontraban fuera del municipio, que para esa época se llamaba Olaya Herrera- quisieron ocultarla, pero un grupo de muchachos que esa tarde jugaban en la plaza lo escucharon y fueron a sus casas a informar a los padres de lo sucedido. Entonces la gente quiso doblar las campanas, en duelo por la muerte del caudillo, ya que la mayoría de los habitantes éramos liberales. Y como los curas de la época defendían al Partido Conservador, uno de ellos se opuso intimidando a la gente con un revólver que ocultaba bajo la sotana, y por eso el pueblo se revolucionó e intentó matar a los curas, que fueron protegidos y sacados del pueblo por la policía, con uno de ellos herido. Y como la policía también era conservadora, intimidó a los civiles y prendió muchas casas de palma y bahareque, por lo que la gente tuvo que huir hacia las haciendas El Piñón, propiedad de Emperatriz Zanabria, y Las Camelias, de don Rafael Vargas. Y lo curioso -seguí contando mi padre con una sonrisa- es que la gente, en medio del susto, cargó con muchos chécheres que, después de las correndillas, no podían alzar y mucho menos arriar solos, como sucedió con los grandes y pesados baúles de madera. Las mujeres, cuando iban a cruzar las cercas de alambre, no tenían ninguna pena en levantarse las faldas y dejar ver sus pantaletas, y les decían a los hombres que no pararan bolas, que el tiempo no estaba para eso.

Cuando esto sucedió -continuó mi padre, rascándose el pecho-, los hombres del pueblo se llenaron de valor y esperaron a que la policía agotara toda su munición. Entonces salieron a defenderse y mataron a dos, porque ya estaban cansados de los abusos del cura y de la policía, que permitieron que personas conservadoras provenientes de Gramalote y El Playón, Santander, que ingresaban por Gamarra cogiendo el río Morales, saquearan la población, y también porque ya habían matado a muchas personas, como a tu bisabuelo, Toribio Otálvarez, el abuelo de tu mamá María, a quien asesinaron cuando en un descuido se salió a la calle creyendo que los asaltantes se habían ido.

Ese mismo día mataron a tiros un loro de la señora Manuela Otálvarez, porque gritaba “¡Qué viva el partido liberal! ¡Abajo los hifueputas conservadores!” -dijo mi padre soltando una carcajada-. Y yo también sufrí, porque vine a La Gloria a

traer a la prima Delia del Ducca, que estaba mala de parto, y me capturaron y encalabozaron por ser liberal -continúo su relato mi padre-. Pero me escapé en el momento en que nos sacaron para matarnos en el cementerio y llegué al frente de Regidor, donde me refugié en la casa de mi madrina, la mamá de los Flores. Sufrimos mucho y muchas familias tuvieron que irse a pueblos cercanos, como Papayal, y los que nos quedamos tuvimos que defender el pueblo a palo, piedra, machete y escopeta, pero con tan mala suerte que un tiro de cañón que habíamos preparado para derribar la lancha en que llegaban los saqueadores, a quienes se les decía “chulabistas”, no pegó en el blanco, y entonces la situación se nos complicó y hubo enfrentamientos.

En medio de todo esto -dijo con voz apagada, fatigado por el calor-, la población quedó bastante destrozada, pero la policía fue derrotada y desde entonces pasó tiempo en llegar fuerza pública policial a la comunidad. Se dijo que en el enfrentamiento el cura fue degollado y tirado al río, por eso es que a los rioviejeros nos llaman mataduras, aunque en realidad estos no mataron a ningún cura. Por eso y por las tristezas de aquellos tiempos, es que me causa tanto disgusto escuchar que nos llamen “rioviejeros mataduras”.

Vladimir Ditta Moratto

Docente

Institución Educativa Técnica Agropecuaria Héctor Manuel Vides Ballesteros sede bachillerato

Regidor, Bolívar



el ocaso de gregorio

- Dale, señor, el descanso eterno...
- Brille para él la luz perpetua.
- Dale, señor, el descanso...
- Brille para él la luz perpetua.
- Ameeeeeeeeen.

Así termina esta historia que fue el principio y el final de Gregorio Trampas Salao. Eran las fiestas patronales del 20 de enero, las fiestas del maíz, y esa noche lo encontraron boca arriba, con los ojos bien abiertos y las manos aferradas a la calle empedrada, como no queriendo partir de este mundo, mientras su alma se le escapaba por las heridas que le produjo el puñal de la traición.

Un año antes

Un año antes, Gregorio Trampas Salao ya presentía el engaño de su mujer Virgelina Pureza de Salao, porque cuando ella llegaba del pueblo los días del mercado a su hacienda El Espejismo, olía a sexo, lujuria y jabón chiquito.

Un día, su fiel perro Salvador, en un descuido, se le tragó el pedazo de carne de su almuerzo, y después lo encontró echando espuma por la jeta. Y antes de quedar tieso, comprendió que su mujer lo quiso envenenar y que al lado de ella ya olía a formol.

A partir de esa fecha, no le recibió ni agua, y aprovechó la oportunidad que el miércoles de ceniza llegaba al pueblo de Pelaya, procedente de Pailitas, la Notaria gorda, sudorosa, y siempre sonriente por llevarse la platica de mucha gente, a cambio de una firma ilegible. Gregorio Trampas Salao cambió el testamento que tenía a favor de su mujer Virgelina Pureza de Salao, y traspasó todos sus bienes a favor de la Comunidad de las Hermanitas de los Pies Descalzos Derechos (pues nunca sintió inclinación por las izquierdistas). De paso, dejó una carta que decía que si algo malo le pasaba, sospechaba que su mujer quería mandarlo a dormir al barrio de los acostados.

Por supuesto que del cambio de testamento y de esa carta, no se enteró su mujer, carta que con el tiempo la llevaría a ella y a su amante a vivir su romance separados tras las rejas.

Tres años antes

Eran las fiestas patronales del 20 de enero en Pelaya, las fiestas del maíz, uno de los pocos días del año en que Gregorio Trampas Salao salía con su esposa Virgelina Pureza de Salao al pueblo a tomarse unos tragos de ron, y de paso celebrar el aniversario de su triste matrimonio.

La belleza de su mujer era el centro de atención donde llegaba, y ese día, que Ciervo Cuernos Mañas la vió al lado de su regordete, bajo y viejo esposo en el Polvorín, en donde sonaban los Picos con los vallenatos a todo volumen, se cruzaron sus miradas, y empezó en ellos a germinar la semilla del adulterio.

De ese día en adelante, en los días de mercado, ella siempre buscaba la ocasión de pasar frente a él, y él aprovechaba para alagar su belleza y piropearla, mañas en la que era un experto. A ella le hacía sentir mariposas en el estómago y cosquillas en medio de las piernas. Y empezó a despertar en ellos el deseo carnal.

Cierto día de mercado, su pasión pudo más que su juramento de fidelidad, y terminó metida en una cama del Motel Burbujas de Amor, el cual de ese día en adelante se convertiría en fiel testigo de las lujurias en que caían por horas.

Después de un tiempo de pasión desbocada, la barriga de Virgelina Pureza de Salao empezó a crecer y se confirmó lo que ella presentía por sus repentinas náuseas y su retraso menstrual. Entonces se lo comentó a Siervo Cuernos Mañas y le dijo que si el viejo se enteraba, los mataría a los dos ya que Gregorio Trampas Salao era estéril. Ese día planearon la muerte del viejo y quedarse con su fortuna.

Cinco años antes

Eran las fiestas patronales del pueblo del 20 de enero en Pelaya, las fiestas del maíz. El papá de Virgelina Pureza, el señor Tahir Apuestas, se encontraba tomando y jugando a las cartas en la cantina del pueblo. Decían los presentes que contra el que estaba apostando, tenía un pacto con el diablo porque nunca perdía un juego, y su fortuna la había conseguido con el póker. Ese día no fue la excepción. Cuando Tahir Apuestas perdió hasta la hacienda con el señor Gregorio Trampas Salao, le propuso devolverle lo apostado a cambio de su bella y joven hija Virgelina Pureza, a lo que su papá finalmente accedió. Por eso, ese 20 de enero, el cura del pueblo selló ese matrimonio con las siguientes palabras: *Hasta que la muerte los separe.*

Y fue así, porque lo que Gregorio Trampas Salao nunca imaginó, es que este sería el inicio del final del cuento que lo llevaría a su propia tumba.

Wilson Barbosa Jaimes
Taller Relata
Pelaya, Cesar

alguna vez fui niña

(Libreto contra el trabajo infantil)

Personajes

CLETA: niña que recibe la carta

YULI: niña protagonista

MAMÁ: madre de Yuli

NIÑO 1: hermanito menor de Yuli

NIÑO 2: hermanito menor de Yuli

LIBORIO: padre de Yuli

PATRONA: empleadora de la madre de Yuli

DOÑA SELVA: dueña de la casa donde vive Yuli

MÉDICO

VECINA

COMERCIANTE

VOZ EN OFF DE UN NIÑO(A)

Escena I

VOZ EN OFF: No es fácil ser niño o niña en un mundo adulto, tan lejano muchas veces a nuestros sueños hermosos, repletos de colores, pero a la vez con tantas dificultades para personitas de tan corta edad. Este es uno de esos casos.

(Aparece Cleta, una niña de diez años. Sale al frente de su casa donde está el buzón del correo. Busca y encuentra una carta. La estrecha con fuerza contra su pecho y comienza a llamar en voz alta a su mamá que está adentro.)

CLETA: Mamita, mamita. Acabo de recibir una carta. Es de mi amiguita Yuli. Pobrecita, en días pasados me contó que estaba pasando por una situación muy difícil. Miremos qué me dice en su cartita. La voy a leer en voz alta para que nos vayamos imaginando todo lo que ha sufrido con su familia. La carta dice así.
(Empieza a leer y sale de la escena.)

VOZ EN OFF DE YULI: Hola, Cleta, ¿cómo estás? Espero que bien. En mi última carta te había contado acerca de lo que ha ocurrido con mi vida en los últimos meses. Pero aún hay cosas que no sabes. Desde que nos fuimos del pueblo a esta ciudad tan grande, las cosas no volvieron a ser iguales. Mamá se la pasa todo el tiempo de mal genio.

(En escena se encuentran la mamá, los niños y Yuli en el interior de la casa.)

MAMÁ: Niños, levántense. Es hora de ir al colegio.

NIÑO 1: Nooo... Nooo.

NIÑO 2: Por favor, mamá, hace mucho frío.

YULI: Mamita, quiero dormir un ratito más.

MAMÁ: ¡A levantarse, dije! *(les arrebató la cobija con la que se arropan los tres)*. Y tú, Yuli *(dirigiéndose a la niña)*, eres la mayor y la que debería dar ejemplo. ¡A bañarse, todos! ¡He dicho! Antes de que... *(amenaza con quitarse la chancla y golpearlos a todos. Los tres se levantan rápidamente, y salen a bañarse. Desde la habitación, entra el esposo terminándose de abotonar la camisa.)*

LIBORIO: ¿Ya tienes listo el desayuno, mujer? ¡Mira qué horas son! Se nos va a hacer tarde.

MAMÁ: Ya está servido el pan. En la mesa hay mantequilla. No tenemos más.

LIBORIO: Paciencia, paciencia, mujer. Ya vendrán mejores tiempos. Al menos tengo un trabajo digno y eso es lo que importa.

MAMÁ: ¿Trabajo digno? No estás ni tibio, Liborio. Te pagan una migaja, trabajas todo el día y de ñapa, es un trabajo peligroso.

LIBORIO: Más peligroso sería si nos hubiésemos quedado en el pueblo. Allá sí que estaba peligroso. El balón estaba bien bajito.

MAMÁ: Pero aquí el riesgo es mucho más alto. Trabajas las 24 horas como albañil. Todo el día trepado en unos andamios inmensos y sin ninguna protección.

LIBORIO: Ja ja ja. No tengas pena, mujer. Si tuviese que amarrarme con correas, ya me lo hubieran explicado los patrones. Además, yo soy un gato para las alturas. Más bien apure a esos muchachitos. Tengo que caminar como diez cuadras con ellos de la mano para dejarlos en el colegio y de ahí otras diez cuadras más para llegar al trabajo.

YULI: *(Saliendo con los niños tomados de la mano)* Ya terminé de arreglarlos, mami. Quedaron bien vestiditos, mis hermanitos.

MAMÁ: ¡No fuiste capaz de limpiarles los mocos! *(Toma un trapo y les limpia la cara a todos. Acto seguido, guarda una lonchera para cada niño en sus respectivos bolsos.)* Ahí tienen su desayuno para cuando les dé hambre.

(Les da un beso y los despide a todos. Desde la ventana les dice adiós. Mientras todos salen, la madre dice.)

MAMÁ: ¡Ay, Dios mío! ¡Qué difícil nos ha resultado la vida en esta selva de cemento tan grande! *(Mueve la cabeza y sale secándose las lágrimas.)*

Escena II

VOZ EN OFF DE YULI: ¡Ni siquiera vivíamos! ¡Sobrevivíamos en un barrio muy alejado del centro de la ciudad, en un sector sin servicio de bus y sin agua potable! Fue una temporada muy difícil para nuestra familia. Lo que no sospechábamos, era que lo peor aún estaba por pasar.

VECINA: (*Entra corriendo a la sala de la casa*) Vecina, vecina, ¿dónde está usted? ¡Jesús, María y José! ¡Qué cosa tan terrible!

MAMÁ: Bueno, ¿y qué es ese alboroto, si se puede saber?

VECINA: ¡Algo terrible, vecina, muy terrible!

MAMÁ: ¡Pero dígame de una vez, por favor, vecina!

VECINA: El vecino Liborio trabaja como albañil en el edificio que están construyendo en la esquina de la 56, ¿verdad?

MAMÁ: Sí, vecina, ¿por qué?

VECINA: No se vaya a asustar, vecina, pero acaba de salir por las noticias que se desplomó un andamio que medía como quince metros de altura y que todos los obreros que estaban allá arriba...Vea... (*hace un gesto pasándose la mano por la garganta en señal de que fallecieron. La esposa se desmaya y la vecina corre a su alrededor, desesperada, tratando de reanimarla.*)

VECINA: ¡Vecina! No se vaya a morir usted también. ¡Levántese! Vamos a ver qué fue lo que paso.

(*La esposa se despierta de repente, y se levanta de un salto mientras grita.*)

MAMÁ: Vamos, vecina. Vamos.

(*Salen ambas corriendo, como alma que lleva al diablo.*)

Escena III

VOZ EN OFF DE YULI: Mi padre no murió. De los seis obreros que estaban con él en el andamio, fue el único que sobrevivió. A veces me pregunto si no hubiese sido mejor que hubiera muerto para no tener que escuchar sus gemidos y constantes maldiciones, día y noche, acostado en una cama.

MÉDICO: Lo peor ya pasó. Este es un verdadero milagro de Dios. La ciencia no se explica cómo pudo salvarse de una caída libre de más de 15 metros.

NIÑO 1: Doctor, explíqueme, por favor, ¿mi papito volverá a caminar?

MÉDICO: Infortunadamente, no. No hay la más mínima esperanza. El señor tuvo más de treinta fracturas en todo su cuerpo, incluyendo su columna vertebral.

NIÑO 2: Entonces, ¿quién nos llevará al colegio?

YULI: No se pongan tristes. Mientras papi se recupera, yo los llevaré cada mañana.

MAMÁ: Y yo trabajaré duro, así tenga que partirme el lomo, para que nunca les falte nada.

(Mi padre levantó la voz y alcanzamos a entender la primera andanada de maldiciones e improperios.)

LIBORIO: No quiero ser una carga para mi familia. ¡Dios!, ¿por qué no te acordaste de mí? ¡Quiero morir!

(Mamá nos abrazó llorando. Ese día lloramos todos, incluyendo el médico que se compadecía de nuestra triste situación.)

Escena IV

VOZ EN OFF DE YULI : Qué difícil resultó para mamá conseguir un trabajo. Una señora la empleó como muchacha del servicio. Salía muy temprano en la mañana y regresaba muy tarde en la noche, sin dinero. Sólo recibía sus alimentos y traía como pago una bolsa de arroz y unos frijoles. La señora le pagaba con productos de su tienda. Cuando mi madre le reclamaba un incremento en su pago, ella solo le decía:

VOZ EN OFF DE LA PATRONA: Déjese de tanta quejadera y trabaje más. Mire usted cuántas mujeres andan por ahí deseando el trabajo que usted tiene. Sí señor, vienen desde otros países a buscar trabajo y lo hacen solo por la comida. Agradezca que la estoy ocupando. ¡Mal agradecida!

VOZ EN OFF DE YULI: Como mi mamá tuvo que trabajar, yo tuve que resignarme a dejar de estudiar. Lo hice, además, para poder llevar a mis hermanitos al colegio y regresarme a cuidar a mi papá. El dinero no era suficiente. A papá le quedaron pagando menos de la mitad de lo que se estaba ganando y eso a duras penas alcanzaba para los gastos mínimos de la familia y los niños. Todos los días sufríamos las humillaciones de la dueña de la casucha donde vivíamos en arriendo.

(En escena se encuentran doña Selva, Yuli y la mamá, a las afueras de la casa.)

DOÑA SELVA: ¿Sabe a qué vengo? Me imagino que sí. Necesito que me cancele los tres meses de arriendo que me están debiendo. ¡Partida de malapagas!

YULI: Nosotros no somos malapagas. Peso a peso le vamos a pagar todo lo que le debemos.

DOÑA SELVA: Pues más les vale, porque si en ocho días no me pagan el arriendo, los voy a echar de patitas a la calle.

MADRE: Hija, bien sabes que no podemos pagarle. El dinero que ganamos es poco, los servicios son costosos. ¿De dónde vamos a pagar?

YULI: No te preocupes, mamá. Te voy a ayudar con los gastos de esta casa, así tenga que trabajar. Ya lo verás.

(Salen todas)

VOZ EN OFF DEYULI : Al día siguiente, una comerciante me dio trabajo en su tienda. Debía estar muy atenta pues tenía que llevar pesadas bolsas de compras a domicilios lejanos. Me tocaba cruzar corriendo una avenida muy transitada, sacándole el quite a los carros con los paquetes a lado y lado. El descanso entre domicilio y domicilio consistía en acomodar pesadas cajas en la inmensa bodega. A mi patrona le gustó mi trabajo y hasta me preguntó si tenía más hermanos con la misma verraquera que yo. Me dijo que los llevara, que ella los pondría a trabajar también. Mis hermanos menores empezaron a trabajar. Al fin de cuentas, habían dejado de estudiar porque no había quien los llevara al colegio. Papá no dijo nada. Aprendió a quedarse solo en casa y a valerse por sí mismo. ¿Recuerdas, Clea, cuando tú y yo, en el pueblo, jugábamos a que yo era una abogada muy importante que defendía a los más débiles?

(En escena, simulando un estrado judicial, se encuentran Yuli con gafas y vestida como una abogada, y Clea vestida con una toga y con un mazo en la mano.)

YULI: Señora Juez: los derechos de los niños prevalecen por encima de los derechos de los demás. Por eso yo le pido en esta audiencia que se condene a esos patronos explotadores de niños y que nunca más se vuelvan a presentar situaciones en la que los niños dejen de jugar, de soñar y de estudiar por dedicarse a trabajar. He dicho, Su Señoría.

CLETA: Concedido, señora abogada. De hoy en adelante, queda terminantemente prohibido que los niños de Colombia y del mundo abandonen sus estudios y tengan que dedicarse a trabajar. ¡Caso cerrado! *(Da un mazazo en la mesa.)*

VOZ EN OFF DEYULI : Han pasado algunos meses y ya a mis hermanos y a mí, se nos hace normal que debamos levantarnos para ir a trabajar. Trabajamos muchas horas y descansamos muy poco. Cuando llegamos a casa, el cansancio es total. Solo podemos abrazar a papá, quien ya sin fuerzas dejó de quejarse. Solo sonrío, resignado a su suerte. Mamá sigue trabajando, cambiando de casa de familia cada vez que la despiden cuando reclama un mejor salario. Aunque yo no he perdido la esperanza de volver al colegio para retomar mis sueños, mis hermanos me dicen que ellos ya no van a volver a estudiar pues se sienten muy contentos con la idea de poder disponer de unas cuantas monedas. El sueño de la escuela, murió en ellos. Amiga Clea: me haces mucha falta. Qué difícil resulta ser niña en una sociedad donde debo resignarme a comportarme y a sentirme como adulta. Por eso, desde el fondo de mi corazón, quisiera jugar a ser niña otra vez.

(Se muestra un video, en cámara lenta, de los cuatro niños, incluyendo a Clea, jugando al 'puente está quebrado'.)

Yeritza Viana Moreno (Barranquilla)
Taller Relata "La Voz Propia"
Pelaya, Cesar

noche de terror

El año 1991, una noche tranquila, siendo las 7:00 p.m., cada uno en lo suyo, se encontraban los habitantes de un pueblo pequeño, lejos de la maldad de aquellos que en algún momento sentían la necesidad de perturbar la tranquilidad de las personas que allí habitaban. En sus casas algunos relataban lo sucedido en el transcurso del día, otros veían el noticiero para enterarse de lo que sucedía a su alrededor. Entonces en esos momentos, mi amiga María, una mujer alta, delgada, de tez morena, sintió que la reja de su casa era golpeada fuertemente contra el piso. Ella se encontraba en la cocina con su hija de dos añitos y su esposo, un hombre robusto, moreno. De pronto escucharon una voz violenta que decía:

- Salgan todos. Vayan al parque, que hay una reunión, ¡pero ya!

Al escuchar esto, ella salió a ver qué pasaba, y cuál sería su sorpresa al ver que un hombre armado se dirigía hacia ella, con el rostro tapado. El miedo la invadió y empezó a gritar. Su esposo, al escuchar sus gritos, salió con la niña. Entonces el hombre los cogió y los empujó hacia la calle, dando orden de que salieran, que había una reunión. Y nuevamente retumbó esa frase en sus oídos. Como aturdida y muy asustada, salió cogida de su niña y de su esposo. Cuando llegaron al parque, sitio de la reunión, de pronto a lo lejos vieron venir a varios hombres, también armados y con las caras tapadas, que decían:

- Contra la pared. Nadie se mueva o se mueren.

La niña, en brazos de su esposo, empezó a llorar, tal vez por escuchar los gritos de aquellas personas que brutalmente los habían sacado de sus casas, pues ella, en su inocencia, no sabía lo que estaba pasando. Y todos estaban nerviosos y a todos los invadía el pánico y la zozobra de saber lo qué estaba pasando.

- Lo extraño es que solamente se quedó uno de ellos con nosotros -recordaba María-. Apuntándonos todo el tiempo con su arma, nos miraba fijamente, y decía con voz tosca y arrogante:

- No se muevan o disparo.

Ella, llena de miedo, abrazaba a su niña y rezaba pidiéndole al todopoderoso que los ayudara y los sacara de esa pesadilla. Hubo un momento en que a todos los pusieron delante de una casa grande que estaba deshabitada por esos días, y no se sabe si fue el pedirle tanto al todopoderoso que los salvara, pero de pronto alguien empujó la puerta, se abrió y todos corrieron hacia dentro. El hombre, desesperado al ver esto, empezó a disparar. Todos, con gran pánico, nos tiramos al suelo. Un hombre robusto saltó del piso rápidamente y cerró la puerta con una tranca que la atravesó de lado y lado. En esos momentos, un señor gritó:

- Me hirieron, me hirieron -y en medio del susto todos se acercaron a verlo.

Pero gracias a Dios la bala solamente le había rozado el pie. La gente gritaba y el pánico era inconfundible. Al lado de él estaba Jaime, el hermano de María,

y a pesar del miedo rasgó la camisa y envolvió el pie sangriento. Pasaron unos minutos. Todo se encontraba en silencio. Ya no se oía la voz tosca y fuerte. Entonces uno de nosotros, muy sigilosamente, se acercó a la puerta, pero no se escuchaba nada. Al regresar, golpearon a la puerta y varias voces decían:

- Salgan, salgan, que ya se fueron.

Como volviendo a nacer, abrieron con cuidado porque todavía el pánico los invadía. Algunos de sus amigos los estaban esperando para darles la noticia que tanto esperaban. María, en su desesperación, les preguntó que quiénes eran y que qué querían. Entonces se acercó una mujer y le dijo:

- Tranquila, que ya todo pasó. Eran unos ladrones que entraron a varias casas y se llevaron televisores, grabadoras y todo lo que encontraron a su paso.

Pero lo más importante para María, era que estaban vivos. Su esposo, con la niña en brazos ya dormida, sin saber lo que sucedía, la abrazó, y se fueron a casa. Ella, con voz entrecortada y muy asustada por todo lo sucedido, les dijo a sus amigos:

- En instantes, la vida nos puede cambiar y el destino jugar nos una mala pasada.

Zabeida María Hernández
Licenciada en Español y Literatura
Universidad de Magdalena





los ganadores se presentan



Wilson Barbosa: “El Tigre”

Me gusta sentir el canto de las ranas y los grillos en las noches. Amanecer con el trino de las aves. Me gusta el primer café de las mañanas en medio de las risas de mis paisanos. Me gusta soñar con un mejor país para todos. Me gusta contarle cuentos a mi nieta y ver su cara de asombro en cada relato. Me gusta reírme de los malos momentos. No me gusta la pobreza de mi pueblo y el llanto de los niños producto del hambre. Me da tristeza los jóvenes hundidos en los vicios y sin esperanza de un futuro mejor. Me angustian los ancianos pidiendo limosna en las calles para sobrevivir. No me gusta la corrupción en mi país y la falta de oportunidades para los artistas y deportistas. No me gusta la soledad y el maltrato hacia los niños y los animales.



Juan Diego Chiquillo Pedraza

Juan Diego me llamaron mis viejos, y cálido, bonito y acogedor es el pueblo de donde es oriundo este humilde servidor. Simaña, ¡si señor! Me gusta demasiado el frío, no tanto así el calor. Me encanta la música, me fascina el canto, mas no es mi virtud. Pero soy un buen entendedor de lo que es este arte y de lo que significa nuestro folclor. Me gusta jugar al fútbol, o mejor dicho, jugar balón. Soy un hincha frenético de mi yuyú, mi pasión. Amo caminar mi tierra. Me fascina sentir el aire fresco y puro, y recibir el saludo de un paisano en cada esquina. Me gusta hacer cosas fuera de lo normal, pues me encanta salirme de la rutina. A todo eso le llamo: vivir la vida.



José Fernando López Rodríguez

Me fascina comer en demasía y degustar platillos diversos. Lo malo es que después de los cincuenta, los triglicéridos y el colesterol empiezan a pasar su cuenta de cobro.

Me gustan los animales, especialmente los perros pequeños. Lo feo es que desde que murió mi “*Pelusa*”, prometí no tener más animales en mi casa.

Me sigue gustando tomarme mis cervezas con amigos de colegio, todo para recordar lindas anécdotas de estudiante; el gran problema con ellos, es el que se forma al momento de pagar la cuenta.

Aprovecho cualquier momento para conversar con adultos mayores -muchos no saben lo que se puede aprender de ellos -, aunque me saca de quicio totalmente, cuando jóvenes, en su mayoría, se burlan de sus palabras.



Enoc José Palma Chacón

Me gusta practicar deportes.

Los videojuegos son mi pasión.

Me disgusta que no me tomen en cuenta, o que tenga que hacer las cosas por obligación.



Eguis Palma Esquivel.

Docente, escritor, abogado.

Soñador de Oficio

Consciente de que los pájaros, las manzanas y los colibríes hacen ruidos diferentes a las viejas industrias. Amante de la poesía, como estremecimiento del alma que horada vidas y cuece cerebros. Amante de los instantes fugitivos. Añoro la lectura que convoca. Adorador innato de páginas en blanco que abren las puertas de la vida a criaturas que habitan en los cuentos. Soy un convencido que el poeta no encuentra la armonía. La armonía encuentra al poeta, distraído.



Genny Alexandra Sandoval Caviedes.

Estudiante de 4 Semestre de Microbiología y Bioanálisis. UIS Bucaramanga.

Me gusta la naturaleza.

Adoro la Microbiología.

No me gusta la desorganización, ni el maltrato a los animales.

Amo la Lectura.



José Carlos Vides Avendaño.

Estudiante de séptimo semestre de Comunicación Social. UFPS Ocaña.

Me gusta la música.

Me encanta el diseño.

Adoro la radio.

No me gustan las cosas a la ligera, las mentiras ni el engaño.

ACTA JURADOS
CONCURSO “Lo mejor de la voz del sur del Cesar 2011-2021”

El jurado, compuesto por Javier Gil y María del Mar Escobedo, se reunió el jueves 19 de agosto de 2021 a valorar los textos finalistas del concurso “Lo mejor de la voz del sur del Cesar 2011-2021”, en el marco del proyecto “La Voz Propia del Sur del Cesar”, realizado por el grupo Liebre Lunar en concertación con el Ministerio de Cultura.

Después de leer los 38 textos finalistas, de valorar la calidad artística, su originalidad y fuerza literaria, el jurado ha llegado a la conclusión de que los cuatro textos ganadores son:

MARTÍN SIN SOMBRA de Wilson Barbosa
LA FALSA FELICIDAD DE DON GOYO de José Fernando López
EL ÚLTIMO DÍA DE LA GUERRA de Enoc José Palma
MATICA DE NARANJA de Juan Diego Chiquillo

Por su alta creatividad y capacidad de complejizar artísticamente la vida, y de abrir a los lectores las posibilidades de comprender los conflictos y vivencias de la región en su propio contexto. Estos textos se abren un lugar en el mundo, crean un sentido propio y no solo se suscriben al sentido existente y por todos conocido.

Los textos son importantes para comprender la región del sur del Cesar tanto desde sus dolores y tristezas como desde sus colores y alegrías, pero sobre todo desde sus esperanzas; la potencia de vida que existe en su tierra y sus habitantes.

Otro aspecto importante es la mirada dulce, sencilla y bella de los textos, que resulta refrescante y permite habitar poéticamente una existencia cotidiana, a partir de las cosas pequeñas como una semilla de naranja.

El jurado decide reconocer las siguientes tres menciones especiales:

VIAJANDO POR EL CESAR de Eguis Palma
Por ser un relato que permite emprender un viaje por la región, asociando íntimamente el viaje con la escritura. En ese trayecto nos entrega una mirada creadora, esperanzadora y alegre de la región.

DÉCIMA O ESPINELA de Carlos Venecia Charry
Es un texto con ritmo y musicalidad que permiten sentir la región, con metáforas creativas enriquecidas con elementos propios como los huevos de iguana o el maíz.

PERSONAJES DE MI TIERRA de Genny Alexandra Sandoval, María Fernanda Rodríguez, Deixy Zapata y José Carlos Vides
Es un escrito colectivo ingenioso, una suerte de articulación de elementos ficcionales y reales que atrapan de entrada al lector con su mirada dulce y fresca sobre el mundo. Un excelente relato que deja entrever el gran potencial de sus autores.

Se firma en la ciudad de Bogotá.



María del Mar Escobedo



Javier Gil







COSTILLA

PELAYA

SAN BERNARDO

REGIDOR

LA MATA

SIMANA

LA GLORIA

MOLINA

CIÉNAGA MORALES

RÍO MAGDALENA

CIÉNAGA DE SAHAYA

Sur del Cesar

LA GLORIA

liebre lunar
TALLERES DE ARTE - POÉTICAS DE LA EXISTENCIA



9 789585 255111